EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
« Serie especial »

¡Ay Jalisco, no te rajes!

Editorial Alas

Jorge
NEGRETE
GLORIA MARIN
· CHAFLAN ·

¡AY, JALISCO,
NO TE RAJES!

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 :: BARCELONA :: Teléfono 70657
Valencia, 334 :: Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Bailará, 16, Barcelona - Trafalgar, 4, Madrid

EDITORIAL "ALAS"

AÑO XX — SERIE ESPECIAL NUM. 115 — NUM. 364

¡AY, JALISCO, NO TE RAJES!

Jalisco,
símbolo del
Méjico romántico, es cantado una vez
más en este film, donde
Jorge Negrete y **Gloria Marín**
viven un emocionante idilio, interrumpido
por los disparos de una pistola
que venga antiguo agravio y
no doblan las campanas
el aleluya hasta que
cae el último
traidor

PROCINES Producción Cinematográfica Española, S. A.

MADRID
Avda. José Antonio, 60

BARCELONA
Rambla Cataluña, 12

PRINCIPALES INTERPRETES

Jorge Negrete
Gloria Marín
«Chaflán»

Director:
José Rodríguez

Narración literaria por
Marcos Estrada

LAS PISTOLAS TRAIDORAS

Sería difícil hallar justificación a los desmanes que se presencian desde el momento en que se inicia esta historia, si el lector no supiera de antemano que en Méjico se han vivido días turbulentos en los que no ha imperado más ley que aquella que ha impuesto un cobarde con su pistola de foragido, hasta que ha encontrado un valiente que ha sabido ajustarle las cuentas tomando la justicia por su mano.

Contemplando aquella risueña campiña, los frondosos árboles y un cielo color añil en el que brillaba el sol como una gigante bola de cobre, nadie hubiese podido sospechar que bajo aquel mismo sol que curtía la piel del jovencito Salvador Pérez Gómez mientras galopaba por la pradera, habían otros jinetes ocultos en el bosque cuyo interés no radicaba precisamente en conocer las condiciones de los caballos que montaban.

Salvador era un buen jinete a pesar de no contar más de catorce años. Tenía fondo de silla, no cabía la menor duda. El y el caballo eran una sola cosa. Su criado, que le había visto nacer, seguía con la vista al niño y al noble bruto en su carrera, admirando las dotes ecuestres de su joven amo, por el que sentía entrañable cariño.

Cuando el chiquillo dió por terminado su ejercicio puso pie a tierra de un salto ante el criado y tirándole la brida al cuello, el animal se marchó solo a la cuadra.

—¡Muy bien, changuito, galopas como un jinete consumado, como todo un hombre!

El niño sonreía satisfecho de los elogios que le prodigaba aquel hombre a quien estaba acostumbrado a tratar toda su vida y cuya opinión era respetada.

—Es el caballo más bonito que he conocido. Desde que nació en nuestras cuadras he deseado que mi padre me lo diera... y al fin lo he conseguido.

La singular pareja se puso a andar. Salvador era un chiquillo bien parecido y todo su porte delataba su clase. Chaflán, el criado, era la fealdad en persona. Unos ojitos abultados que desaparecían de su cara en cuanto reía y sobre un labio superior, al que sobraba casi un centímetro, llevaba unos enormes bigotes que recordaban un cepillo barato. Vestía la chaquetilla blanca mejicana con un aguilucho bordado en la espalda y el amplio sombrero.

Cerca ya de la portalada que daba acceso al jardín de los Pérez Gómez, que siempre permanecía abierta, se oyeron tiros y salieron raudos cuatro jinetes, que al partir en dirección contraria, adonde se hallaban parados y anonadados Salvador y Chaflán, pudieron evitar que se vieran sus caras. Ambos corrieron hacia la casa para encontrarse allí en que aquellos malvados acababan de asesinar a don Jacinto Pérez Gómez y a su esposa.

No era aquella localidad lugar en que se dispusiera de hospitales, clínicas ni depósitos de cadáveres, por lo que los de las infortunadas víctimas tuvieron que ser conducidos a la comisaría.

—¡Asesinos! — exclamó el jefe de policía mirando al que pocas horas antes constituía su mejor amigo—. ¿Quiénes fueron? ¿No lo saben?

—No vimos más que unos jinetes que huían—contestó el trastornado Chaflán.

—Hay que acabar con estos infames crímenes.

En la comisaría se había reunido un grupito de hombres, todos ellos buenos amigos de la víctima, don Jacinto. Sin pedir autorización a nadie, penetró un hombre en la sala donde se hallaban las víctimas tendidas en el suelo y cubiertas las caras con una manta.

—¿Han matado a don Jacinto?—preguntó el recién llegado.

—Sí, general, a don Jacinto y a su esposa.

—Hay que hacer justicia, don Pancho; esto no puede quedar así. ¿Le han hecho algo al chamaco?

—General, deje usted este asunto para mí. Yo me encargaré de que se busque y encuentre a los culpables—respondió secamente el jefe de policía.

—Ya lo supongo, don Pancho; sólo quería insinuar que si en algo puedo serle útil, ya lo sabe, a mí me encanta poderle ser útil.

—Gracias, general Carbajal, muchas gracias.

No parecía el jefe de policía estar muy dispuesto a cambiar impresiones con los que le rodeaban y mucho menos con el general Carbajal. Este se deshizo en protestas contra los autores de tan horrendo crimen y salió de la comisaría satisfecho de haber cumplido, a su manera, con los desgraciados don Jacinto y su esposa.

La muerte del matrimonio Pérez Gómez representaba la ruina económica de aquel niño de catorce años que hasta aquel trágico momento se había considerado a sí mismo, y bien podía, como hijo de buena familia. No es que estos pensamientos acudieran a la mente del muchacho, pues lo que en realidad le atormentaba era la desaparición de los dos seres que más había querido en el mundo. Ahora sólo le quedaba el fiel Chaflán y su padrino, el solterón Radilla, cuya historia, aunque vulgar, tenía sus puntos románticos y curiosos.

Al parecer, Radilla, propietario de la taberna restaurante «Cuando el amor muere», en su juventud se había enamorado locamente de lo que en términos corrientes se llama una «mala mujer». Morena, con ojos negros como el abismo y una cabellera que aureolaba un bonito óvalo, hizo de él cuanto quiso, y cuando Radilla se creía amado por aquella sirena, descubrió que le traicionaba miserablemente. Su desengaño fué de los que no tienen remedio y cambiando el nombre de su establecimiento por el de «Cuando el amor muere» se dedicó exclusivamente a su negocio sin ni tan sólo querer oír hablar de mujeres. Una sola debilidad tuvo y ésta fué la de conservar un cuadro en el que aparecía el semblante de aquella mujer. ¿Por qué lo hizo?

Tal vez presintió que le sería útil para aleccionar a alguien, aunque al detener la mano para tirar el cuadro, no supo a qué fuerza obedecía.

Fué Radilla uno de los primeros en enterarse del asesinato de los Pérez Gómez, y por lo tanto de que su ahijado Salvador quedaba desamparado. Su primer paso fué mandar a buscar a Chaflán. Llegó éste a la taberna muy cabizbajo, porque también a él se le había puesto el sol con la muerte de sus amos.

—¡Hola, Chaflán!

—¡Hola, Radilla!

—Mal andan las cosas, compadre.

—No lo sabes tú lo mal que andan... ¡Ay, que pena la mía!

—He sabido que muertos los padres del chamaco, todos sus bienes van a la subasta. Trae a Salvador contigo y hablaremos.

Salió Chaflán despacito de «Cuando el amor muere», dejando que las medias puertas que daban acceso al café quedaran abanicando.

Poco rato después volvía Chaflán a casa de Radilla seguido de Salvador con la cabeza baja. Entraron en el café, y el amo, que estaba en el mostrador despachando, les saludó efusivamente al tiempo que decía:

—Pasen a mi cuarto, que en seguida me reúno con ustedes.

El cuarto de Radilla, o sea su vivienda, tenía una puerta que daba al café y consistía en una habitación bastante grande, al centro de la cual había una mesa rodeada de sillas. En las paredes colgaban algunos cuadros, entre éstos el de la mujer fatal que le había engañado en su juventud, porque Radilla ahora ya contaría sus cuarenta y cinco años. En esta habitación habían dos puertas que daban a los dormitorios, uno ocupado por el actual propietario de la casa y el otro vacío.

Chaflán y Salvador se habían quedado en pie esperando llegara su anfitrión, el cual no se hizo esperar.

—Siéntense y hablemos, Chamaco, hijo mío, no sabes cuánto siento todo lo que te ocurre. Mira, te he mandado llamar por Chaflán, porque ya sé que se han apoderado de lo que restaba de la fortuna de tu padre y que todos sus bienes van a ser subastados, y yo me digo, ¿qué es lo que vas a hacer?

—Pues, ponerme a trabajar—dijo Chaflán, resignado.

—¿Tú a trabajar?—exclamó divertido Radilla, conocedor de las dotes del criado.

—No sé, padrino; no sé lo que vamos a hacer—dijo Salvador.

—Nada de eso, ustedes dos se vienen a vivir aquí conmigo y procurar resignarse. Ahora son muchos los que te dicen que harán y que dirán; pero ya sabemos lo que ocurre pasada la primera indignación; perdona, muchacho, pero los muertos al hoyo...

—Y los vivos al bollo—terminó Chaflán.

—Yo le aseguro, padrino, que sabré vengar la memoria de mis padres. Ahora soy demasiado joven; pero día vendrá en que sabré manejar una pistola. Le agradezco mucho que me acoja en su casa y sabré corresponderle.

El giro que había tomado la conversación no desagradaba a Chaflán, quien veía un alojamiento seguro y generoso en casa del compadre Radilla, y donde no faltaría una bebida para la sed.

—Esto bien merece una copa—dijo Radilla.

—Sí—asintió Chaflán—; ya hacía rato que no declamas. ¡Salud!

Radilla les sirvió de una botella que estaba ya preparada encima la mesa y los tres brindaron. Suponiendo Chaflán que se podía hacer una segunda vuelta, sin esperar a ser invitado de nuevo, cogió la botella con la buena intención de servirse otra copa; pero Radilla, tabernero al fin, le quitó la botella y le privó de servirse.

—Mira, si quieres beber más, te vas a la cantina. Esto es para las gentes de confianza.

Quedó quieto el criado, como niño sorprendido haciendo una travesura, y el padrino continuó hablando con su ahijado:

—Tú serás lo que yo nunca pude ser. Ven...

Se levantaron los tres y Radilla se dirigió adonde estaba el retrato de su novia infiel.

—¿Ves este retrato?

Salvador miró un poco extrañado a aquel cuadro, porque, en realidad, aquella mujer era distinta a las que él estaba acostumbrado a ver.

—Mírala bien, falsa, traidora, y como ésta, todas... Cuando te llegue la edad, mímalas, engáñalas, que se crean que las quie-

res y luego las dejas. Por ésta me ves ahora así, solo, sin hogar, sin familia... No quieras a las mujeres malas, que tampoco tú podrías ser lo que yo no he podido. No bebas... ¡Esta es mi primera lección! Ven, ahora haremos una partidita de cartas.

Nuevamente se sentaron los tres alrededor de la mesa y Radilla sacó una baraja para enseñar a jugar al muchacho.

—Hay que barajar así. Mira cómo lo hago yo.

Cogió Radilla media baraja en cada mano y con asombrosa rapidez iba intercalando las cartas hasta dejarlas bien barajadas.

—Si lo sabes hacer bien, las cartas que te interesen siempre quedarán debajo.

Chaflán cogió la baraja e intentó hacer lo que acababa de ver.

—Eres ya viejo para aprender, y además muy bruto—dijo Radilla.

La partida duró un buen rato y hacia el final ya se veía a Salvador barajando con la misma soltura que su padrino.

UN HUESPED INESPERADO

Habían transcurrido doce años y la familia que Radilla había constituido con Salvador y Chaflán había sido un verdadero éxito, ya que los tres se avenían muy bien, pudiéndose considerar felices en aquel imperio de hombres.

Salvador había podido seguir estudiando en el colegio al mismo tiempo que sus aficiones hípicas no habían quedado atrás, como tampoco el manejo de la pistola. En las horas que ya no había trabajo en el salón de «Cuando el amor muere», los tres se reunían en el comedor particular y allí echaban su partidita de cartas mientras comentaban el trabajo y los acontecimientos del día.

En una de esas noches en que se hallaban jugando, los tres tenían buena mano y Radilla fué el primero que cantó.

—¡Poker de damas!

—¡Poker de reyes!—dijo Chaflán.

—¡Poker de ases!—exclamó Salvador.

—Doce años no han pasado en baldo—dijo Radilla—. Recuerda mis consejos sobre el juego, la bebida y las mujeres... y verás cómo llegas lejos; pero muchacho, te has hecho muy guapo, no te van a dejar en paz.

Tal como había dicho Radilla, Salvador ya no era aquel niño de catorce años, que ahora hacía doce había traspuesto el umbral de aquella casa, para aceptar la hospitalidad desinteresada de un hombre, a quien no le unía más parentesco que el que representa llevar a un niño a la pila bautismal. Ahora Salvador era un guapo mozo que forzosamente despertaría la admiración de las muchachas y tal vez le sería difícil romperles el corazón como deseaba su padrino. De momento lo tenía absolutamente libre porque nadie se había cruzado en su camino.

Un tarde, mientras Chaflán atendía al mostrador y Radilla también andaba por el café, entró un hombre, que a la legua delataba su profesión de torero. Se sentó en la primera mesa que encontró.

—¡Un coñac!—gritó el forastero.

Chaflán cogió la botella del coñac y una copita dispuesto a servir al recién llegado.

—Aquí nadie más que yo sirve coñac—dijo Radilla, cogiendo botella y copa de manos de Chaflán.

—Radilla, ¿no me recuerda?—dijo el forastero, mordiendo el cigarro que tenía en la boca.

—¡Mala Suerte!

—Ni más ni menos, Mala Suerte; pero hasta la mala suerte se acabó para mí. Todo se acabó, se acabaron los toros, se acabaron las cornás, que de todo había. Oiga, Radilla, usted recogió al hijo de don Jacinto Pérez Gómez, ¿no es cierto?

—Sí, vive conmigo desde hace doce años, él y esta joya que está allí en el mostrador, el fiel Chaflán.

—Pues yo vengo a proponer un negocio a Salvador.

—¿Tú a proponerle un negocio?

—Sí, y que le conviene.

—Bueno, pues voy a buscarle.

Quedó Mala Suerte saboreando el coñac mientras Radilla salía a la calle en busca de Salvador. Chaflán permanecía en su

sitio en el mostrador canturreando: «Traigo un amor... y lo traigo tan adentro...»

Se entreabrió la puerta del café y sonaron unos disparos que hicieron blanco en el cuerpo de Mala Suerte. Este cayó herido en el suelo.

—¡Hijo de María Murales!—exclamó azorado Chaflán, cogiendo una pistola y disparando contra la puerta por suponer que los asaltadores huían por allí.

En aquel instante entraban Radilla y Salvador.

—¡Mala Suerte está herido!—gritó Chaflán, asustado, y todavía con la pistola en la mano.

Corrió Radilla adonde estaba el herido y le examinó cuidadosamente.

—Todavía vive, ayudadme.

Entre los tres hombres cogieron el cuerpo herido y desmayado de Mala Suerte y lo entraron en las habitaciones particulares de Radilla. Una vez tendido en la cama de Chaflán y viendo que sangraba con abundancia, mientras aquél iba en busca de un médico, Salvador logró sacar la bala que se había alojado en el pecho y el herido sintió rápido alivio.

Este accidente privó a Mala Suerte de comunicar a Salvador el objeto de su inesperada visita, y como Radilla era el hombre más hospitalario que soñarse pudiera, se procedió primero a la cura del extorero, antes de interrogarle sobre la misión que le había hecho acudir a las puertas de «Cuando el amor muere».

CARMELA

El pueblo era ganadero. Todas las fortunas que habían por allí se debían al ganado y a la cría caballar; por esto no era nada extraño ver desfilar por las calles rebaños enteros y potros sueltos que iban de un potrero a otro, fuese por haberse vendido o por trasladarse de localidad.

Carmela Salas, hija de uno de los ganaderos más acomodados

de la localidad, había salido de compras acompañada de su sobrinita, una mocosilla de cinco años que se hacía la ilusión que acompañaba a su tía porque llevaba un cestito y perdía el tiempo quedándose siempre atrás mirando los escaparates de las tiendas.

Carmela llevaba una ventaja de más de diez metros sobre su sobrinita, cuando advirtió el ruido de caballos que se acercaban. Volvió la cabeza y, tal como temía, vió a la pequeña todavía en la otra acera y los caballos entre las dos. El peligro era grande porque sospechó que la niña intentaría cruzar, como así lo hizo.

—¡No cruces la calle! ¡Párate donde estás!

Por la misma acera en que andaba la chiquilla y a muy poca distancia andaba Salvador Pérez Gómez, quien, al ver a lo que se exponía aquella criatura, cruzó tras ella y la protegió con su brazo durante el paso de los caballos.

—¡Qué susto, Chachita! — exclamó Carmela cuando la vió segura en brazos de aquel bravo mozo que había corrido en su auxilio.

—¿Te llamas Chachita? — le preguntó Salvador, acariciándola.

La vivacidad de la pequeña era algo extraordinario, y volviéndose muy zalamera hacia el que, tal vez, le había salvado la vida, le dijo:

—Me llamo María del Pilar Juárez del Molino y Gómez de Avellaneda del Campo; pero como esto es muy largo, los amigos me llaman Chachita. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Salvador Pérez Gómez.

—¿Y tu nombre pequeño?

—Los amigos me llaman Chava.

—Pues oye, Chava, te presento a mi tía, la señorita María del Carmen Salas, pero ya puedes llamarla Carmela.

Mientras duraban estas presentaciones, en las que la pequeña Chachita se desenvolvía como toda una diplomática, los dos mayores se miraban disimuladamente y ambos sentían aquel embarazo propio de la gente joven cuando se admiran y no quieren demostrarlo.

—Tía, podrías darle una manzana a Chava.

—¿Le gustan las manzanas, señor?—preguntó Carmela, muy seria.

—¿Por qué le llamas señor?

—Ya lo creo que me gustan las manzanas—contestó rápido Salvador.

La pequeña hurgó en el cesto de la compra, dió una manzana a su amigo y éste empezó a comerla con entusiasmo.

—Chachita, nos vamos.

—¿Verdad que es simpático, tía?

—Chachita, te voy a rajar las orejas.

—¿No nos acompaña?—preguntó la pequeña.

—No hagas preguntas tontas.

—¿Verdad que es guapa mi tía?

La situación se iba poniendo de más en más difícil.

—Niña, cállate, y deja al señor, que tendrá trabajo.

—No lo crea, señorita, no tengo nada que hacer.

Sonrió Carmela y dió por aceptada la tutela.

—A sus órdenes, señorita. Ven, pequeña.

Salvador cogió de nuevo a la chiquilla en brazos y empezaron a andar calle abajo. Chachita observaba al uno y al otro y creyó oportuno hacer de nuevo sus comentarios. Sonriendo con toda picardía dijo:

—¡Chava es muy simpático!

Hicieron los dos mayores como si no hubiesen oído y ella insistió:

—¡Carmela es muy guapa!

—¡Ya llegamos a casa! —exclamó Carmela, satisfecha de poner fin a una situación un poco violenta a causa de la niña.

—Buenas tardes, señor Pérez Gómez.

—Carmela, ¿me permitirá que la vuelva a ver alguna vez?

—Salgo muy poco, casi nunca.

—¡Oh, tía! ¿Cómo puedes decir esto? Todas las tardes, a las cinco, vamos al parque, a los columpios, ¿sabe?

—¡Cállate, niña! Ahora sí que te rajaré las orejas en cuanto entremos en casa. Buenos días.

La puerta de la casa de Carmela era un enorme portalón de madera que daba acceso al patio, y permanecía ajustada durante el día. Empujó la joven la media puerta y entró guardando a la

pequeña ante ella. Una vez dentro se dió cuenta de que Salvador se había quedado con uno de los paquetes que llevaba la niña y no tuvo más remedio que salir por él. Le halló perplejo con el paquete en la mano sin saber qué hacer, cuando apareció de nuevo la joven y se lo cogió sin pronunciar una sola palabra.

Aprovechando la salida y entrada de su tía salió de nuevo Chachita a la puerta, ante la cual estaba todavía el galán, y señalando con los cinco dedos de su diminuta mano, le gritó:

—¡A las cinco, no lo olvide!

Con el corazón más ligero que sus pies, regresó Salvador a su casa, esperando que llegaran las cinco de la tarde para ver si la pequeña cumplía su palabra y la mayor la acompañaba. Las horas tardan mucho en transcurrir cuando se espera tener una entrevista con una muchacha bonita, y a Chava le parecía que aquel día el reloj jamás marcaría las cinco. Pero todo llega en esta vida, lo bueno y lo malo, y al fin el minutero corto se colocó sobre las cinco y el largo sobre las doce.

Corriendo, más que andando, llegó Salvador al parque, dirigiéndose veloz hacia los columpios, donde, efectivamente, estaban Chachita y su encantadora tía.

—¡Mira, aquí está Chava! ¿Verdad que me vas a columpiar?

—Pues no faltaría más, a eso he venido, Chachita. Ven acá.

Cogió a la niña, y sentándola en un columpio, la empujó suavemente mientras entablaba conversación con Carmela.

En breves palabras le contó él su historia y la vida que llevaba junto a Radilla y su viejo criado Chatlán; las dos únicas personas que le querían y a las que él también apreciaba en lo mucho que valían.

—Pero mi vida tiene otro objeto, señorita. Estoy perseguido por un recuerdo que nunca me abandona. He de encontrar a los asesinos de mis padres y matarlos uno a uno. He de vengar su muerte.

—¿No cree usted que sería mejor dejar el castigo a Dios?

—Yo me imagino a Dios todo bondad y ternura, no me lo puedo imaginar castigando.

—¿No le parece que es mejor perdonar que vengar?

—No puede usted sentir lo que yo siento, señorita.

—¿Hablemos de otra cosa?

—Por mí, sí, Carmela: de lo que usted prefiera.

En la plazoleta de los columpios, punto de reunión de los niños y las niñeras, apareció el chiquillo de los pajaritos amaestrados que dicen la suerte.

—Señorita, ¿no quiere que el pajarito le diga la suerte?

—Sí—dijo Salvador, animado—, vamos a interrogarle.

El muchacho colocó su jaula e hizo salir a uno de los pájaros.

—A la señorita primero; vamos, «Pepitox», saluda con el sombrerito.

Sobre la mesita donde trabajaba el pájaro había un diminuto sombrero de charro que el pájaro cogió con el pico y luego volvió a dejar, entendiéndose que esto era el saludo solicitado.

—Ahora toca la campanita...

Nueva maniobra cogiendo una campanilla con el pico hasta hacerla sonar.

—Ahora entrega un papelito a la señorita. Dale la vuelta. Muy bien, «Pepitox», puedes volver a tu casa.

Carmela cogió el papel y lo guardó en la mano.

—Ahora para el caballero; pero antes de darle el papelito has de demostrarle que eres un buen artillero, dispara el cañón.

Al efecto, el muchacho había colocado sobre la mesa un cañón de juguete, del que el pájaro tiró de un hilo haciendo caer la supuesta bala. Al lado del cañón había un muñeco vestido de mejicano.

—Ahora le pondrás el sombrero al charrito; vamos, ya puedes entregar el papelito al caballero, saluda y da las gracias.

El pájaro dió un par de vueltas y se metió en la jaula.

Carmela y Salvador, éste con la pequeña cogida de la mano, fueron a sentarse en un banco.

—Lea su papelito—dijo Salvador.

Vaciló ella un instante y al fin leyó:

«Tú tienes un gran secreto, que tienes que confesar, vive en pecho discreto y no lo puedes guardar. Si quieres a un hombre que te ama y eres toda su ilusión y su cariño te llama, ábrele tu corazón.»

Le miró Carmela cuando terminó su lectura y vió que tenía en ella fija la mirada.

—Lea el suyo, ahora.

Salvador miró su papelito y pareció que el contenido no le gustaba demasiado.

—¿No sabe leer?—preguntó Carmela, sonriendo.

—¡Oh, sí! Oiga:

«Deja ya tu padecer
a la duda y tu amargura
que has de llegar a tener
dicha, amor y ternura.
Si quieres a una mujer,
díselo con la mirada,
que si ella está enamorada
comprenderá tu querer.»

—Muy bien—dijo Carmela.

Y cuando Salvador se disponía a seguir hablando con la mirada, en la plazoleta del parque apareció Chaflán, que se dirigió a ellos directamente.

—Chaflán, ¿a qué vienes aquí?

—Pues... a que los pajaritos me digan la suerte. Preséntame a la señorita...

—Perdóneme, Carmela, tengo que irme, adiós.

—Si no es necesario que nos vayamos—dijo Chaflán; pero Salvador le empujó en forma que no tuvo más remedio que seguir andando.

—¡Idiota! ¿Por qué has venido? — dijo Salvador, atormentando con las dos manos los riñones de Chaflán mientras volvía la cabeza para obtener una última mirada de Carmela.

FELIPE CARBAJAL

Apenas habían desaparecido por el camino del parque Salvador y su escudero, cuando apareció en la plazuela Felipe Carbajal, un muchacho muy moderno, vestido completamente a la americana, hijo del general Carbajal, uno de los que, en su día,

más aspavientos había hecho al ver morir asesinados a los padres de Salvador.

Felipe Carbajal era un muchacho elegante, no cabía la menor duda. Montaba muy bien a caballo y casi siempre iba con la fusta en la mano. Al ver a Carmela sentada en el banco se le acercó.

—¡Hola, Carmela!

—¿Qué tal, Felipe?

—Te ando buscando porque tengo una buena noticia para ti.

Carmela le escuchaba distraídamente porque todavía tenía fija en los ojos la mirada de Salvador.

—¿Sí?

—Mi padre y el tuyo están arreglando un negocio.

—¡Oh!

—Sí, Carmela; pero tú deberías hacerme caso a mí.

—¿Yo?

—¿Por qué no quieres decidirte?

—Mira, Felipe, los negocios que tu padre y el mío puedan arreglar son una cosa, son sus asuntos, nada tienen que ver conmigo. No quiero casarme por ahora, estoy bien así.

El muchacho de los pajaritos, creyendo ver nuevo negocio, se acercó a la pareja.

—Don Felipe, ¿no quiere que mis pajaritos...

—¡No me molestes!—dijo Felipe malhumoradamente.

—Carmela, tú sabes que te quiero...

Chachita se acercó al nuevo pretendiente de su tía.

—Felipe, súbeme a los columpios.

El mal humor del galán subía de tono y contestó a la pequeña con brusquedad que molestó a la tía.

—No interrumpas, niña, déjanos en paz.

Se levantó Carmela del banco y cogiendo a la niña de la mano dijo:

—Vamos, Chachita.

Y sin decir una sola palabra a Felipe abandonaron el parque.

Mientras en el parque tenía lugar la escena descrita, en la casa de Carmela se desarrollaba otra entre su padre y el general Carbajal.

Los dos caballeros estaban sentados uno frente a otro y en el semblante del señor Salas se adivinaba gran inquietud.

—Pero señor Carbajal...

—Llámeme general.

—Pero si usted no es general, ni lo ha sido nunca. ¿Quién va a saberlo mejor que yo?

—No importa.

—He luchado toda mi vida—decía el pobre Salas—; usted sabe cómo he trabajado, y ahora, al llegar a viejo, es cuando me empiezan las dificultades.

—Esto es porque usted quiere. Si su hija se casa con Felipe, no tendrá usted dificultad alguna. Le dejará a su hija un buen marido y una gran fortuna. Debe usted hacer presión a la muchacha.

—General, en eso que se arreglen ellos. Yo no mando en el corazón de mi hija. No puedo supeditar un negocio a la felicidad de la muchacha.

—Es que su niña no sabe lo que quiere. No se da cuenta de lo que desprecia. Usted no quiere mezclar los negocios con la voluntad de su hija y yo no quiero seguir tratando de ellos sin saber lo que va a contestar la niña.

La conversación había llegado a un punto en que uno de los dos debía ceder. El general era de los que estaban acostumbrados a que le obedecieran y no sería él quien cedería. El señor Salas quería demasiado a su hija para obligarla a una boda que sospechaba no era de su agrado.

Transcurrieron unos segundos en silencio y se oyeron pasos en el patio. Era Felipe Carbajal, que al verse desairado por Carmela corría a casa de ésta, donde sabía se hallaban reunidos los padres de ambos.

—Señor Salas, su hija es una niña mal criada... No me quiere hacer caso.

—¡Hijo!—exclamó el general, sorprendido ante las palabras de su vástago.

—He estado en el parque hablando con ella y no quiere saber nada conmigo. Dice que ya está bien como está, que no piensa en casarse por ahora.

—¡Es incomprensible!—decía el general, indignado.

—Y... ante mi insistencia, se ha levantado del banco donde

estábamos sentados y sin ni siquiera despedirme buenas tardes, ha cogido de la mano a la changuita y se ha marchado.

La indignación del general iba subiendo de grado a cada palabra de su hijo relatando los desprecios de Carmela, y cuando aquél terminó, pegándose la pierna con su inseparable fusta, se levantó de la butaca, donde estaba cómodamente arrellenado, y alargando la mano al señor Salas, le dijo:

—Su hija de usted lo ha echado todo a perder.

—Pero, general, no veo qué tienen que ver nuestros negocios con los muchachos...

—Usted no lo verá, pero yo sí; me interesa emparentar con una familia de su clase. Felipe no va a casarse con la primera que le salga al paso. Carmela llena las ambiciones que tengo para mi hijo.

—Ya le he dicho antes que no puedo mandar en el corazón de la niña.

—Mi última palabra, Salas: o su hija se casa con Felipe, o no hay nada del negocio.

—Esto no puede ser. El ganado ya está en camino y necesito los potreros.

—Yo me voy a Guadalajara—dijo Felipe.

—Yo te acompañaré allí, hijo.

—Entonces me dejan ustedes con el conflicto de que llegue el ganado y yo no sepa dónde guarecerle...

—La solución está en su mano—insistió el general.

—No puedo, no puedo.

—Dejemos esto hasta que yo vuelva de Guadalajara —dijo Felipe.

—Felipito quiere a Carmela, Salas, y por consiguiente dejamos el negocio pendiente hasta que volvamos.

—Pero es que el ganado llega mañana... ¡general!

Carbajal se había dado cuenta de que a Salas no le tocaría más remedio que ceder, ya que el conflicto que se le venía encima no era insignificante, y prosiguiendo en su conducta brutal y arrolladora, salió de la casa de Salas sin pronunciar una palabra más. ¡Tarde o temprano, Salas y su hija tendrían que morder el polvo!

* * *

La herida del extorero Mala Suerte no fué tan grave como había parecido en principio, según opinión del médico. Salía éste de visitarle una mañana cuando se encontró con Salvador en el café.

—¿Cómo está Mala Suerte?—preguntó el joven.

—Bien, hombre, bien. Ya sé que usted me hizo la competencia, Salvador.

—Sacar la bala fué cosa fácil, doctor, y no se podía perder tiempo.

—Lo hiciste muy bien; ahora lo esencial es evitar la infección, que no creo se presente ya, y con un poco de descanso y buena alimentación, pronto le volveréis a ver en pie. Le he recetado una medicina de la que le daréis una cucharada cada tres horas.

Chaflán escuchaba las palabras del galeno con cierto resentimiento.

—Muy bien, se hará lo que usted mande; adiós, doctor—dijo Salvador.

—Adiós, médico—murmuró Chaflán.

Salió el médico por las medias puertas del café; Salvador fué a sus quehaceres y Chaflán penetró en las habitaciones interiores, donde se hallaba Mala Suerte echado encima de una cama turca.

—Hola, hermano, ¿hay algo nuevo?—preguntó Mala Suerte.

—¿Nuevo? Nada, aquí todo es viejo como yo. Para mí son siempre las cornadas. Radilla en su cama, Salvador en su cama y tú en la mía. Yo tengo abollado el esqueleto de estar echado en el suelo y los ojos cada día más chicos de no dormir. Que ahora la aspirina, que luego el caldo, más tarde la pechuguita y como epotecsis una cucharada cada tres horas. ¿A ti te llaman Mala Suerte? Aquí no hay más mala suerte que yo... a mí, al que se azota como chango viejo.

La entrada de Salvador puso punto a las lamentaciones de Chaflán.

—¡Hola, Mala Suerte! ¿Cómo estás? ¿Te encuentras ya en situación de hablar?

—Yo creo que sí; pero usted verá... cuando uno, después de tantos años y con esa herida que por poco me priva de hablar para «toita» mi vida, pues pasa que a uno...

—Bueno, bueno, al grano, al grano, ¿qué te trajo aquí?

—Pues verá... uno ha sido mala suerte en todo. Mala suerte en los toros, mala suerte con la mujer, mala suerte con mis seis hijas, a las que me han devuelto vivas al corral... Todas se parecen, en lo físico, a su padre. Uno ya no está para torear y tuve la idea de venir aquí a proponerle un negocio.

—¿Qué clase de negocio?—preguntó Salvador, sentándose al pie de la cama turca.

—Salvador, ¡yo conozco los asesinos de sus padres!

Chava se puso en pie precipitadamente.

—¿Quiénes son?

—¡Calma, calma!

—Hace doce años que espero con calma y si sabes algo me lo vas a decir muy aprisa. ¡Anda, Mala Suerte!

—Pues verá, los asesinos fueron cinco.

Salvador recordaba muy bien que él, cuando menos, vió cuatro jinetes huyendo del portalón de su casa.

—Sigue, Mala Suerte.

—Fueron cuatro... y un jefe —miró Mala Suerte a Salvador, porque llegaba el momento de la confesión y temía la mirada y los puños del interlocutor—. Yo estaba entre ellos...

Las manos de Salvador se encontraron en la garganta de Mala Suerte, sin saber cómo.

—¡No sé qué me detiene de matarte aquí mismo como a un perro!

—¡Hágalo si quiere! De algo ha de morir uno; pero antes quisiera que me diera cinco mil pesos y una semana para arreglar mis cosas.

Mala Suerte se había sentado en la cama y se hallaba entre Salvador y Chaflán.

—¿Por qué quieres ese dinero?

—Pues para decirle los nombres de los que dispararon contra sus padres.

—¿Cómo voy a fiarme de ti? ¿Qué condiciones son las tuyas?

Viendo que Salvador se disponía a hablar del negocio pro-

puesto con un poco más de calma, Mala Suerte se animó, y después de acariciarse la garganta, donde los dedos de Salvador habían dejado una presión cosquilleante que todavía dolía, se expresó en estos términos:

—Los cinco mil pesos se distribuyen en la forma que a continuación voy a detallarle. Mil pesos cada vez que yo haga caer a uno de los criminales y mil pesos para mi familia que se los mandará usted cuando haya caído yo también. Estos mil pesos míos, como que yo no los podré cobrar porque ya habré muerto, se los dejo a Chaflán.

Los ojitos de Chaflán se abrieron admirados ante aquella inesperada herencia.

—De acuerdo, pero no serás tú quien hará caer a esos criminales. Tú me los señalarás y seré yo quien los mate. ¿Dónde están? ¿Qué hay que hacer para encontrarlos?

—Debemos salir cuanto antes para la feria de Jarrandilla.

—Bien, arreglaré las cosas y saldremos en cuanto te halles bien para ponernos en marcha, Mala Suerte. Adiós.

Salió Salvador de la habitación y Mala Suerte, que ya estaba sentado en la cama, se incorporó.

—¿Dónde vas, Mala Suerte?—preguntó Chaflán, extrañado.

—Me voy al mesón, no quiero ser una molestia para nadie.

—¿Que te vas al mesón? Ni soñarlo, soy tu heredero, y yo te cuido hasta que hayas señalado a los cuatro traidores. Tú no te vas, hermano, amigo mío... Echate de nuevo en esta mullida cama y tú verás cómo Chaflán te trae la aspirina y los calditos. Ahora voy por la primera cucharada. Que no te muevas, hijo, ¡cómo iba yo a permitir semejante atropello! Tu heredero dormirá en el suelo hasta que sea necesario...

—Pero si ya estoy bien.

—¡Qué vas a estar! Descansa, hermano, que estás todavía convaleciente.

La solicitud y las palabras de Chaflán parecían tan sinceras que Mala Suerte accedió a que se le siguiera cuidando, e incluso a que le encendiera un bonito cigarro puro que acababa de darle Salvador.

—No son todos los días en que uno se entera de que va a heredar mil pesos... Mala Suerte, te estoy cobrando cariño.

AMOR A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS

El señor Salas se paseaba arriba y abajo en su habitación, creyendo que en la casa todo el mundo dormía. A él le tenían despierto los negocios y las amenazas del fullero general. A su hija Carmela la tenían en vela los ojos del joven que había conocido aquel mismo día por la mañana. Oía ella los pasos de su padre y decidió ir a hablarle.

—¡Papá! ¿Pero es que no duermes todavía?

—No, hija; me duele la cabeza... Estos malditos negocios. Mañana me llega el ganado.

—Anda, papá, lo que te conviene es dormir y así mañana estarás descansado para poder trabajar. ¡Descansa!

—Tú también, hija, retírate, que ya es tarde.

La casa de los Salas daba a dos calles y la habitación de Carmela tenía dos ventanales con reja: uno en cada calle. Esta se hallaba obscura y silenciosa. Los pasos de los pocos transeúntes que por allí andaban en aquella hora podían oírse desde que entraban a la calle hasta que salían de ella a buena distancia.

A Carmela le pareció oír pasos de dos personas que entraban en la calle, pero no les hizo ningún caso. También ella tenía sus preocupaciones. Los pasos se detuvieron ante su reja y oyó bien a las claras que alguien silbaba. No era cuestión de abrir la ventana por esto y continuó haciendo la desentendida.

En la calle se hallaba Salvador acompañado de Juanucho, un chiquillo amigo, de catorce años, que silbaba como un jilguero. Insistió una y otra vez Juanucho y Carmela se decidió a abrir la ventana. Al primero que vió fué al niño.

—¡Hola, Carmela!

—¡Juanucho! ¿Qué haces en la calle tan tarde?

—Buenas noche, Carmela—dijo Salvador, quitando la delantera al niño y alejándole de allí.

—Buenas noches, Salvador...

—¿Cómo se encuentra usted?

—Bien, gracias; me alegra que haya venido, tengo un asunto que tratar con usted.

—¿Un asunto conmigo? —preguntó Salvador, encantado de que fuese ella quien aportara tema para la conversación.

—Si, quisiera que me repitiera el verso del papelito.

—¡Oh, sí!—dijo el galán, rebuscando en su memoria lo que le había dicho en el parque, para substituir la suerte que no le había gustado.

—Parece que se le ha olvidado.

—Sí; tiene razón, he tirado el papelito y no lo recuerdo ahora.

—Pues yo se lo recordaré porque lo he recogido.

Carmela se separó de la reja para coger el papel que tenía encima la cómoda y Salvador se llevó las manos a la cabeza. ¡Ahora sí que estaba bien atrapado!

—Se lo voy a leer—dijo Carmela sin soltarlo—: «Desconfía de las mujeres y no creas a ninguna, que la que mejor parece...»

—No, no, no; esto es lo que puede decir el papelito, pero...

—¿Por qué me mintió?

—No, señorita, de haberle leído el papel le habría mentido, yo le dije lo que realmente sentía, la verdad y aquellos versos tienen música. Usted los cantará también.

—No sé cantar.

—No importa, cuando yo le indique, sígame.

Salvador se separó un poco de la ventana y con una voz de barítono que desde su primera nota cautivó a la muchacha, le cantó lo siguiente:

«Si quieres a una mujer»

Deja ya tu padecer
a la duda y tu amargura
que has de llegar a tener
dicha, amor y ternura.
Si quieres a una mujer
díselo con la mirada,
que si ella está enamorada
comprenderá tu querer.

Los ojos de Salvador eran por demás expresivos y obligaban a Carmela a bajar los suyos.

—Ahora, Carmela, cante conmigo...

Y eres mi gran secreto
que tienes que confesar
vive en pecho discreto
y no lo puedes guardar
Si quieres a un hombre
que te ama...
y eres toda su ilusión
y su cariño te llama
ábrele tu corazón...

Las miradas que ambos jóvenes cambiaron mientras duró la romántica canción constituyeron de por sí un juramento, aunque Carmela quiso borrar su inmediato efecto diciendo al terminar:

—Muy bonita canción.

—Mireme, Carmela.

—¿Por qué?

—He de decirle algo importante.

—Es muy tarde.

—No voy a emplear mucho rato, Carmela...

—Debo retirarme.

—Escuche, se lo suplico. Mañana marcho a la feria de Jerrandilla.

No era ésta la declaración que aguardaba Carmela y se acercó a la reja tanto como pudo.

—¿Estará mucho tiempo ausente?

—No puedo precisarlo exactamente. Un mes, dos...

—¡Oh!

—¡Cómo la voy a extrañar, Carmela!

—No diga eso, es la segunda vez que me ve y me dice que me va a extrañar...

—Sí, Carmela, te extrañaré... ¡porque te quiero!

Ahora ya se lo había dicho y nada le haría volver atrás.

Bajó ella los ojos y no contestó.

—¿Me escribirá?—preguntó al fin Carmela.

—Sí, cada semana; qué digo, cada día.

—Salvador, quiero que se lleve un recuerdo mío —y la joven se llevó las manos al cuello para abrir el mosquetón de una cadenilla de oro de la que pendía una medalla de la Virgen de

Cuadalupe—. Tome, guárdela siempre consigo, le ayudará y le traerá de nuevo aquí con salud.

—¡Adiós, Carmela!

—¡Adiós!—contestó ella mientras agregaba en voz baja para que él no la pudiera oír—. Que vuelvas pronto a mi lado.

EN BUSCA DE AVENTURAS

Cuando amanecía empezó a llegar el ganado al pueblo en cantidad grande, que a través del llano se dirigía a los potreros del general Carbajal.

Ante el portillo de madera que daba acceso a los terrenos cercados de Carbajal, donde se podían guardar millares de reses, se hallaban cuatro o cinco charros, pistola al cinto y el gran sombrero ladeado. Su actitud era pacífica en apariencia, pero sus semblantes no eran demasiado tranquilizadores.

El viejo Pancho que traía el ganado, hombre de barbas blancas, bregado en esos trotes, se acercó al portillo.

—¡Ya llegamos!—dijo.

—Y a nosotros ¿qué?

—Hemos de entrar el ganado.

—Aquí no entra una sola cabeza sin orden del general—contestó el más fanfarrón de los que guardaban la puerta.

—Voy a hablar con Salas—dijo Pancho.

Si el viejo ganadero hubiese visto la sonrisa burlona que se dibujó en los semblantes de aquellos forajidos, fácilmente habría adivinado que iba a perder el tiempo. Por fortuna suya no se dió cuenta, y montando de nuevo a caballo, se dirigió al pueblo.

Mientras tanto en «Cuando el amor muere» se estaban haciendo preparativos para la marcha de Salvador, Chaflán y Mala Suerte. Radilla, que apoyaba en todo la aventura que iba a correr su ahijado, no dejaba por esto de darle consejos y una vez más le llevó ante la fotografía de la «mala mujer» para recordarle que debía huir de esa clase de personal.

—... y recuerdo, Chava, que lo mismo te digo referente a

la bebida, ni una sola copa, la bebida es el fundamento de todo el mal. Tampoco debes disparar la pistola si no es en defensa propia...

En las habitaciones interiores Chaflán y Mala Suerte, dos excelentes amigos desde que se resolvió la cuestión de la herencia, estaban preparando el equipaje para la marcha.

Mala Suerte limpiaba su revólver y con un cuchillo le marcaba unas rayas.

—¿Qué le haces al pistolón?—preguntó curioso Chaflán, ante aquella maniobra.

—Mira, a un lado señalo las que recibo y al otro las que doy.

—¡Ah! Oye, es hora de la cucharada.

—Hombre, déjame en paz. Dame un tequilita.

—Ni soñarlo, hermano, una cucharada cada tres horas, es lo que dijo el médico. Anda, abre la boca.

Con toda resignación tomó Mala Suerte la cucharada que su amigo le servía de una botella que antes había contenido licor.

—Esta botella es de buena medida y la voy a llevar conmigo en el bolsillo, así podremos continuar la cura aunque estemos viajando.

Las muecas que hacía Mala Suerte para quitarse el mal gusto de la boca eran de lo más risible, pero su enfermero estaba decidido a cuidarle bien hasta que se hubiesen liquidado todos los asesinos.

—Oye, Chaflán, ¿Salvador es una buena pistola?

—¡Ese muchacho! Antes de que asome la imagen en el espejo, ya le ha dado al otro en la cabeza.

Mala Suerte no hizo ningún comentario, pero creyó que los elogios que hacía Chaflán de su amo eran debidos al cariño que por él sentía.

—¿Ya está todo dispuesto?—preguntó Salvador, entrando en la habitación.

—Sí, Chava, salimos en seguida.

—¿Te sientes fuerte, Mala Suerte?

—Más que nunca, vamos a la calle.

Salvador salió antes que ellos para montar su caballo, mientras los otros dos compañeros de viaje cogían las maletas que llevarían consigo en el cochecito, ya que Mala Suerte no podía

ir a caballo. Todavía se resentía un poco de la herida y aun cuando ésta había sido en el pecho, cogió una almohada para poder ir más cómodamente sentado.

Cargados con maletas y almohada salieron a la calle, donde Juanucho aguantaba el caballo del coche. Subió Mala Suerte el primero y colocó el cojín. Quedaba aquello muy alto y pidió el auxilio de Chaflán para situarse. Aunque suene mal la comparación, hicieron lo mismo que acostumbran a hacer los perros cuando se disponen a dormir, y luego que Chaflán hubo dado varias vueltas a la almohada y la había cambiado de dirección, se sentó el viajero y pareció hallarse bastante cómodo.

—Ahora, una cucharada antes de ponernos en marcha.

—No, hombre, no, si acabo de tomarla.

—No importa, piensa que emprendes ahora la jornada y te conviene encontrarte bien.

Chaflán llevaba la botella y la cuchara en un bolsillo de su chaquetilla, por lo que no era difícil administrar la pócima a su amigo y éste no tenía más remedio que acatar tanta solicitud por parte de su heredero.

—Juanucho—dijo Salvador al niño—, te encargo a ese viejo —añadió, señalando a Radilla, sobre quien los doce años transcurridos había encarnecido y obligado a ponerse gafas.

—Chava, te repito mis consejos... nada de mujeres, nada de bebida...

—Pero ella no es como aquéllas—dijo Salvador, riendo.

—No, Carmela es de las buenas, no me refiero a ella.

—¡Adiós!—dijo Salvador, poniéndose en marcha, seguido del coche en el que iban sus escuderos.

—¡Buen viaje y hasta la vuelta!—contestó Radilla, agitando la mano.

El viejo ganadero Pancho había llegado a la casa de Salas para exponerle lo que ocurría con el ganado. No le sorprendieron las noticias a Salas porque temía la jugada de Carbajal.

—Están allí apostados y no quieren abrir el portillo. El ganado no puede permanecer suelto. ¿Qué hacemos, señor Salas?

—Ya lo verás, Pancho. Ven conmigo.

En un viejo automóvil, que parecía de juguete, montaron Salas y el ganadero para dirigirse a la comisaría de policía y

contar lo que ocurría. Les recibió el mismo jefe que años atrás certificara la muerte por asesinato del matrimonio Pérez Gómez.

—No hay manera de que nos dejen entrar el ganado. El potrero pertenece a Carbajal, pero está ausente. Se halla en Guadalajara. ¿Qué hacer?

—¿Es ganado que va de paso? —preguntó el comisario.

—Sí, señor, y ayer mismo estuvimos hablando con el general y no pude llegar con él a un acuerdo. No sé lo que persigue.

—La ley obliga a dar cobijo al ganado cuando va de paso. Salas, ¿está usted dispuesto a pagar la cuota?

—Sí, señor, esto se dá por entendido.

—Entonces, nada ni nadie privará que entre el ganado en el campo. Vamos allí.

Salieron los tres hombres a la calle. Sala cogió el volante, el comisario se sentó a su lado y el ganadero Pancho montó en el asiento del equipaje en la parte posterior.

Mientras tenían lugar estas discusiones, Salvador y sus acompañantes cruzaban el camino que daba salida al pueblo y pudieron ver todas las reses detenidas esperando poder entrar en el campo donde debían comer y beber.

El automóvil de Salas llegó ante el portillo y de él se apeó el comisario.

—¡Abran las puertas! El ganado debe entrar... La ley les obliga.

—¡Aquí no entra nada ni nadie! —respondió uno de los charros.

Salvador se hizo cargo en un instante de lo que ocurría y poniendo el caballo al galope se situó ante la puerta.

—¡Abran las puertas y largo de aquí!—ordenó a los hombres de Carbajal, y como éstos no obedecieran, sacó la pistola y empezó a disparar a diestra y siniestra, despejando la entrada en un santiamén.

Abiertas las puertas por el comisario y Salas, fué tan sólo cuestión de ayudar a los mozos de Pancho a conducir el ganado hacia el campo, trabajo de unos cuantos minutos. Puestos los animales a buen recaudo disparó cuatro tiros al aire y salió de nuevo al galope para reunirse con Mala Suerte y Chaflán que le habían estado observando admirados.

—¿Quién es ese muchacho?—preguntó Salas.

—Salvador Pérez Gómez, aquel a quien asesinaron sus padres cuando todavía era un niño. Le recogió Radilla y ha hecho de él un hombre. Es la mejor pistola de veinte millas a la redonda.

—¡Vaya con el muchacho!

—¡Vale en oro lo que pesa!—agregó el comisario—. Bien le conozco.

Desde su punto de observación en el pescante del cochecito, Mala Suerte, mordiendo el cigarro que llevaba en la boca, exclamó:

—¡Sabes que Salvador es todo un tío!

—¡A mí me lo dirás tú! Pero te advierto, yo también soy una gran pistola. ¿Ves aquella flor que hay encima de aquel matorral? —dijo Chaflán, y sacando el arma disparó un tiro.

Indudablemente hizo blanco en lo que él había supuesto que era una flor y no era otra cosa que el pico del sombrero de un charro que se levantó indignado.

—¡No tiren pa acá, amigos!

—Me parece que le has estropeado la digestión.

Llegó Salvador junto a los del coche, que le recibieron entusiasmados.

—Ya me habían dicho, don Salvador, que era usted la mejor pistola de por aquí. Ya he tenido oportunidad de verlo con mis propios ojos. Uno puede creer mejor lo que ve que lo que cuentan.

—¿Así ahora ya tienes la seguridad de que sabré apuntar contra los traidores?

—No me cabe la menor duda.

—Pues... en marcha, ¡amigos!

EN LA FERIA DE JARANDILLA

Se conocía en el aspecto del pueblo que aquello ardía en fiesta. Las calles estaban animadas y los paseantes lucían sus mejores galas. Salvador y Chaflán se habían apeado ante la fonda, instalada en una casa de altos pórticos y aguardaban a la puerta

el regreso de Mala Suerte que había ido en busca de uno de los asesinos, al que sabía tenía que encontrarse en Jarandilla los días de la feria.

Al poco rato le vieron que se acercaba hacia ellos.

—Chava, yo creo que Mala Suerte está todavía muy débil.

—Quita, quita; está más fuerte que tú y yo juntos.

Renqueando y con una mano en la cadera y la otra apoyándose en un bastón, Mala Suerte llegó hasta donde le esperaban sus compañeros.

Bajó mucho la voz y mirando hacia atrás, antes de seguir hablando, dijo casi al oído de Salvador:

—Encontré al gallego. Está en la plaza de gallos organizando una pelea con trampa, según su costumbre.

—Entonces hay que apostar al gallo que va a perder—dijo Salvador.

—¿Al gallo que va a perder?—preguntó Chatlán—. No, hombre, no; siempre se apuesta al que va a ganar.

—Deja eso para mí, Chatlán, ya sé lo que me digo.

Chatlán ya no le oyó, porque en aquel momento pasaba una mujer muy bonita y el viejo se sintió galán.

—¡Olé por las mujeres guapas!—exclamó.

La mujer sólo vió que el que hablaba era un viejo y de no haberse puesto él mismo a salvo, nadie le hubiese salvado del bofetón que ella iba a propinarle.

—Déjense de tonterías—dijo Salvador—y vamos a la plaza; no podemos perder el tiempo. ¿Te ha visto el gallego, Mala Suerte?

—Sí, le he hablado; le he dicho que estaba aquí con unos amigos.

Los tres se dirigieron a la plaza donde debía celebrarse la riña de gallos y como que todavía era pronto, la orquesta entretenía al público y una cancionetista de voz ronca intentaba deleitar al auditorio con su canción y miradas que, por proceder de una mujer que ya tenía sus años, no entusiasmaba a nadie.

Salvador y sus dos compañeros tomaron asiento en el primer estrado y esperaron tranquilamente que empezara la función. Mientras tanto continuaba la música y seguía cantando la mujer:

—Descansa, hermano, que todavía estás convaleciente.

—Todavía vive. Ayudadme.

¡Ay! Jalisco, no te rajes...
Me sale del alma gritar
[con calor...

—No tengo absolutamente nada que hacer.

Ellos iban a ver si conquistaban a las chinitas que les servían.

—Anda.., abre la boca.

Los contrincantes se miraban fijamente...

—Salió Salvador al ruedo empuñando las pistolas ¡Este gallo está envenenado!

Una vez más, Salvador tenía que seguir apuntando y disparando para poder huir.

...Abriz todo el pecho pa echar este grito: ¡Qué lindo es Jalisco, palabra de honor!

—¿Ustedes dos no se conocen?

—Salvador, recuerda que el mariachi está aquí

—¡Con qué ánimos voy a correr ahora, Carmela!

Colocó el limón entre los dos, sujetándolo con los palillos.

Carmela se lanzó a la plata para abrazar a Salvador.

—Con usted tengo otra cuenta que arreglar.

¡AY! JALISCO NO TE RAJES

¡Ay! Jalisco, Jalisco, Jalisco,
tú tienes tu novia que es Guadalajara,
muchacha bonita, la perla más rara
de todo Jalisco es mi Guadalajara.
Y me gusta escuchar tus mariachis,
cantar con el alma tus lindas canciones,
oir como suenan esos guitarrones
y echarme un tequila con los valentones.
¡Ay! Jalisco no te rajes...
Me sale del alma gritar con calor,
Abrir todo el pecho «pa» echar este grito:
¡¡Qué lindo es Jalisco,' palabra de honor!!

Cantaba aquella facha con muy poca gracia y miraba al público en busca de aplausos que no merecía por estar destrozando una canción de veras bonita. Se fijó en Salvador y como queriendo dedicar a él sus gorgoritos se acercó lentamente hasta donde estaban y sentándose en la barandilla continuó su canto dedicado abiertamente al apuesto joven.

«Pa» mujeres, Jalisco primero,
lo mismo en los altos que allá en la cañada.
Mujeres muy lindas que rechulas de cara,
así son las hembras de Guadalajara.
En Jalisco se quiere a la buena,
porque es peligroso querer a la mala,
por una morena echar una bala,
y bajo la luna cantar a la chapala.
¡¡Ay!! Jalisco no te rajes...
Me sale del alma gritar con calor.

Cansado Salvador de ser el objeto de las atenciones de la canzonetista, hizo un movimiento con la mano que la obligó a levantarse. Creyó ella que había sido Mala Suerte el grosero y le propinó un bofetón, mientras se alejaba de ellos para gritar a todo pulmón:

Abrir todo el pecho «pa» echar este grito:
¡¡Qué lindo es Jalisco, palabra de honor!!

—A ver si empieza pronto esta pelea—dijo Salvador.

—Vea, allí está el gallego—observó Mala Suerte dirigiendo la mirada a un hombre alto de recios bigotes, vestido con estrecho pantalón y ancho sombrero.

—¿Cuál?

—¡Aquél!

—¿Aquel que parece un picador jubilao?

—Sí, no le mire.

Otros dos hombres se situaron en el centro de la plaza. Uno de ellos, viejo, con barbas blancas, que se cuidaba de animar las apuestas.

—¡Señores, va a empezar pronto la pelea, hagan las apuestas!

—¿Cuál es el gallo del gallego?—preguntó Salvador.

—El colorado.

—¡Hagan las apuestas, caballeros! ¡Hay dos bravos gallos! ¡El colorado y el pardillo! ¡Hagan apuestas caballeros!

Los hombres presentaron los gallos para mostrarlos al público y hacer resaltar las cualidades peleonas de ambos.

Luego los llevaron al peso, les soplaron agua en los ojos y cuando ya todo estaba dispuesto para empezar, el viejo de las barbas blancas todavía animaba a la gente para que apostaran.

—¡Mil pesos al rojo!—gritó Salvador.

—¡Mil pesos al rojo! ¡Mil pesos al rojo!—siguió gritando el viejo, pero nadie cubrió la apuesta.

—¡Se va a jugar en seguida!—dijo el gallego—. Despejen el palenque...

En el centro de la plaza sólo quedaron el gallego y otro hombre para arbitrar la pelea. Enfrentaron los gallos, los acercaron y separaron varias veces hasta que estuvieron enfurecidos.

El gallo colorado arremetió con furia una o dos veces, pero pronto le dominó el pardillo y apenas hacía unos minutos que estaban luchando cuando el gallo colorado cayó al suelo.

—¡Perdió el colorado! ¡Perdió el colorado!—gritaron los encargados de las apuestas.

—¡Ahora empieza lo bueno!—dijo Salvador—. Chaflán, sal fuera y ten dispuestos nuestros caballos.

Saltó Salvador al ruedo.

—¡Este gallo que ha caído muerto está envenenado!

—¿Cómo?—exclamó el gallego.

Un hombre vestido a la americana saltó también al ruedo y se dirigió a Salvador.

—Nosotros representamos aquí la ley, a ver este gallo.

Lo cogió y lo llevó adonde se hallaba una especie de jurado que examinó el animalito y vió que realmente iba espolvoreado con veneno.

—Tiene razón el caballero, el gallo está envenenado, se le dará satisfacción.

—¡Qué me importa a mí el gallo! Es con este hombre con quien tengo una cuenta para ajustar.

Salvador cogió al gallego por el chaleco y le miró cara a cara. Junto a él estaba Mala Suerte.

—Soy Salvador Pérez Gómez y usted uno de los asesinos de don Jacinto y su esposa.

La acusación hecha con valentía y cara a cara hizo estremecer de miedo al cobarde.

—Aquí está Mala Suerte... ¿Le conoce? Ande, defiéndase, porque voy a matarle como a un perro.

El gallego hizo una jugarreta para ver si podía disparar contra Salvador, pero éste, mucho más rápido, le disparó en mitad de la frente, viéndole caer desplomado a sus pies. El disparo sembró el pánico en la plaza y Salvador, apuntando a todos, pasó ante la mesa donde había el dinero de las apuestas, lo cogió y a puñados lo tiró entre el público. Esto aumentó la confusión todavía más y él y Mala Suerte lograron llegar hasta donde les esperaba Chaflán con los caballos, a los que montaron y salieron al galope hacia el pueblo.

Cuando cesaron los disparos y el público creyó que el peligro había desaparecido, acudieron adonde se hallaba el gallego tendido.

—¡Qué manera de disparar! ¡Qué puntería! — comentaban los hombres al ver el balazo en el centro de la frente.

Al poco rato circuló el rumor de que se acercaban los herma-

nos del gallego dispuestos a perseguir al criminal que había dado muerte a su hermano; pero nadie sabe quién era ni le habían visto jamás.

—¡Disparaba como una ametralladora! — dijo un charrito comentando el suceso.

—¿Cómo ha dicho?—preguntó otro—. ¿El «Ametralladora»?

—Sí, ha sido el «Ametralladora»...

—¿El «Ametralladora»?

Y poco a poco corrió la voz que el que había dado muerte al gallego era un famoso criminal conocido por el apodo del «Ametralladora».

—Pues hay que buscar a ese asesino—dijeron los hermanos del gallego—, y no cejaremos hasta dar con él.

Allá en el pueblo, las escenas que se desarrollaban tenían un tono más pacífico, pero en el fondo eran tal vez más criminales.

El señor Salas se hallaba en cama. La lucha era muy dura y sus años y salud ya no permitían tanto sufrimiento. Le había ido a visitar el ganadero Pancho para darle cuenta del estado del ganado.

—Se mueren las reses, señor Salas. Un día dos, otro, cinco... Las gentes del general tienen atemorizados a mis muchachos...

—¿Qué hacer, Pancho?

Carmela había quedado en el pasillo para no interrumpir la conversación de su padre con el ganadero, pero oyó unas palabras que le llamaron la atención y permaneció escuchando.

—Dicen por ahí, señor Salas, que si la señorita Carmela quisiera casarse con Felipe... no ocurriría nada de lo que está pasando.

—Pancho, yo no mando en el corazón de mi hija. No podré poner remedio a esas calamidades, si el precio es su corazón.

En aquel instante llegaban a la casa el general Carbajal y Felipe. Se introdujeron en la habitación y Pancho salió de allí.

—¿Qué tal, Salitas? Acabamos de enterarnos de que estaba usted enfermo y aquí nos tiene. Hemos llegado ahora mismo de Guadalajara, mi hijo y yo.

Carmela entró en el cuarto de su padre y saludó a los recién llegados. Los dos caballeros se pusieron a hablar del ganado y Carmela se dirigió a Felipe.

—¿Por qué no me escribiste durante tu ausencia?—preguntó Carmela decidida, pues acababa de tomar una seria resolución.

—Carmela, me dijste a entender...

—Pasemos a la salita.

Los dos jóvenes abandonaron el dormitorio de Salas y éste se dirigió a su fingido amigo.

—Señor Carbajal...

—Llámeme general, aunque esté enfermo.

Carmela quedó apoyándose contra un mueble queriendo hablar y siéndole muy difícil encontrar palabras. Pero era necesario decidirse pronto porque el general era hombre despiadado y poco le importaría llevar a Salas a la ruina si éste no obligaba a su hija a casarse con Felipe.

—Quería hablarte, Felipe...

—Tú dirás—contestó el displicente galán.

—Quisiera que me perdonaras. Me refiero a mi actitud antes de marcharte a Guadalajara.

—¡Ah!

—Sí, Felipe; lo he pensado bien y si nuestros padres lo desean, no voy a ser yo quien les disguste.

Se animó el semblante de Felipe, que había sido taciturno desde su entrada en la casa, y se decidió a echar su discurso:

—Me alegro que hayas reflexionado, Carmela.

—Sí, tú lo has dicho, he reflexionado y...

Se le hacía muy difícil a la joven mentir en aquella forma, pero el recuerdo de su anciano padre la animaba.

—Debes estar contenta, Carmela, de que un joven de mi posición te pida en matrimonio...

Bajó los ojos Carmela porque resultaba muy violento, sobre el hecho de tener que aceptarle a la fuerza, verse obligada a darle las gracias de que la hiciera su esposa.

Interpretando el silencio de la muchacha por timidez, Felipe prosiguió:

—Muchas serán las que te envidiarán. Ya sabía yo que al fin accederías.

—Sí.

El tono de voz y toda su actitud habrían sido suficiente a otro menos vanidoso para darse cuenta de que la chica le aceptaba a

la fuerza y de que no sentía absolutamente nada para él. Pero Felipe, que se imaginaba ser el mejor partido de todo Méjico, mostraba su satisfacción con aquellas explicaciones que no servían más que para herir a Carmela.

Quedaron en silencio los dos jóvenes y él volvió a hablar.

—Carmela—dijo, cogiéndola por la barbilla y levantándole la cara para que le mirara—: ¿No te parece que deberías darme un beso?

Carmela no hizo el más leve movimiento, e interpretando su pasividad por asentimiento, la besó.

Satisfecho Felipe por lo que consideraba un legítimo y bien ganado triunfo, se dirigió a la habitación del señor Salas.

—Carmela y yo nos hemos prometido.

—¡Oh!—exclamaron los dos padres a la una.

—No le dije yo, general, que los muchachos se arreglarían solos?

—Sí, Salas, y ha tenido usted razón. Es mejor que haya sido así. Ahora ya no habrá ninguna dificultad para arreglar las del ganado.

Carmela Salas no se había movido del sitio donde se había colocado para dar sus explicaciones a Felipe y desde allí oía la conversación de los otros tres. No pudo contener las lágrimas y las dejó que surcaran sus mejillas mientras su imaginación y su corazón volaba hacia aquel otro hombre, aquel que ella amaba realmente.

LA FERIA DE SAN PEDRO

Desaparecido el gallego, era necesario localizar a los demás criminales. Faltaba el Zorro, otro, cuyo nombre no recordaba Mala Suerte, pero cuya cara no olvidaría jamás, y el jefe de todos ellos.

El procedimiento para dar con esos aventureros era recorrer todas las ferias, y cuando las campanas de la parroquia de San

Pedro tocaban a fiesta, el camino se veía lleno de jinetes y carros que allí se dirigían para divertirse en la feria. Todos los que se encontraban por el camino se hacían la misma pregunta:

—¿Adónde vais?

—¡A la feria de San Pedro!

—¿Adónde vais?

—¡A la feria de San Pedro!

Así no es de extrañar que el pueblo estuviera atestado de gente y cafés y merenderos vibrantes de música y de canciones.

En uno de los mejores locales habían los guitarristas y las changuitas cantando alegremente.

¡Ay! Jalisco, no te rajes...
Me sale del alma gritar con calor,
abrir todo el pecho «pa» echar este grito:
¡¡Qué lindo es Jalisco, palabra de honor!!

¡Ay! Jalisco, Jalisco, Jalisco,
tus hombres son machos y son cumplidores,
no admiten rivales en cosas de amores.

Es tu orgullo tu traje de charro,
tu pistola fajada en el cinto.
Tener tu guitarra «pa» echar mucho tipo
y a los que presumen, quitarles el hipo.

Entre los que habían acudido a la feria de San Pedro se hallaban los hermanos del gallego.

—Andamos buscando al «Ametralladora» —dijeron a unos amigos que les pararon.

—¿Le conocéis?

—No; pero dicen que siempre dispara en la frente y uno de nosotros recuerda a los que le acompañaban.

—Creo que os será un poco difícil encontrarle.

—¡Pues le hemos de encontrar!

Salvador y sus dos compañeros también se hallaban en San Pedro, porque Mala Suerte estaba seguro de que allí encontrarían a los demás asesinos. Se habían instalado en el hotel, y como Salvador tenía que despachar su correspondencia dijo a sus es-

cuderos que podían andar por las suyas y que no regresaran hasta más tarde.

Chaflán y Mala Suerte eran de los que sabían andar solos y sin darse cuenta se hallaron sentados en el mejor restaurante del pueblo piropeando a las chicas que cantaban y las camareras que les servían, aunque, por lo feos y viejos que eran, ninguna les hacía el menor caso.

—¿Qué desean los señores?—preguntó la camarera.

—Sírvenos un tequilla y luego te diremos lo que vamos a comer.

—¿Tequilla?—exclamó Chaflán, horrorizado—. No es posible; para beber, ya tienes la cucharada y para comer, ya veré lo que pido.

—Horita les sirvo, señores—dijo la camarera, desapareciendo rápidamente.

—¿Es que mi convalecencia va a durar toda la vida?—preguntó Mala Suerte, fuera de sí—. No comas esto, no bebas nada, no pruebes aquello...

Chaflán se reía de los apuros de su compañero; pero estaba siempre a cuidarle con toda solicitud hasta que hubiesen caído todos los asesinos, pues de lo contrario se quedaría sin herencia.

—Tienes una cara—decía Mala Suerte—que parece que te hayas tragado un caballo y se le haya quedado la cola afuera. ¡Qué horror de bigotes!

Poco le importaban a Chaflán estos insultos. Los tomaba riendo y seguía el tratamiento. De repente se acordó que Salvador les había dicho que no tardaran, y sin aguardar a que les sirvieran se levantó.

—Vamos, Mala Suerte, Salvador nos espera en el hotel.

—¿Que nos vamos sin comer?

—Sí, es tarde.

Se levantó también Mala Suerte de la silla y siguió al otro.

—¡Eres mi verdugo!—exclamó Mala Suerte entre dientes.

Salvador se hallaba en la habitación del hotel escribiendo a Carmela, teniendo en una mano la medalla que ella le diera al partir, a la que amenudo miraba y besaba. Luego tenía que escribir también a su padrino, al que contaba todos los pasos que daba.

Alguien llamó a la puerta de su habitación.

—¡Adelante!

Mala Suerte entró en el cuarto acompañado de un hombre joven de cara repugnante.

Le extrañó a Salvador aquel visitante.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—Es otro de los asesinos—explicó Mala Suerte.

El aspecto de aquel hombre no podía ser más asqueroso y Salvador lo miró con recelo desde el primer momento.

—¿Y qué le trae a usted por aquí?—preguntó Salvador.

—Me parece que le interesará conocer algo de lo que le dirá este hombre—aclaró Mala Suerte.

—Soy especialista en muertes misteriosas. Yo tuve que ver con el matrimonio Pérez Gómez.

Salvador sintió un escalofrío ante aquella inesperada confesión y dirigiéndose a Mala Suerte con una mirada de inteligencia, le dijo:

—Este es el hombre que necesito. Puedes irte, Mala Suerte, aquí tienes los mil pesos del trato.

Entregó Salvador el dinero a Mala Suerte y éste salió de la habitación.

—Se ve que es usted hombre de palabra—dijo aquel monstruo—. ¿Por qué se los da?

—Se los pagué por traerte. ¿Cómo trabajas?

—Un tiro por la espalda, una puñalada...

Salvador le observaba mientras hablaba.

—Un balazo en la frente, ¿por qué no?

El asesino se echó a reír como un idiota.

—Esto sólo lo hace el «Ametralladora».

—¡Qué pronto he cambiado de nombre!

—¿Cómo? ¿Es usted el «Ametralladora»?

—No, soy Salvador Pérez Gómez, y te daré la oportunidad que no diste a mis padres. ¡Saca la pistola!

Hacia el remolón el asesino porque sus intenciones eran pérfidas.

—¡Anda! ¡Saca la pistola! —Y mientras Salvador le daba estas órdenes le encañonaba con la pistola, temía que aquel tipo le haría una mala jugada.

Creyendo el asesino que Salvador estaba distraído iba a arrojarle un puñal, pero él fué más rápido con la pistola y la bala perforó su frente.

—¡Perdóneme! ¡Qué será de mis pobres hijitos!—murmuró el rufián, intentando inspirar compasión.

El disparo había puesto en guardia a Mala Suerte y a Chaflán, que cuando entraron ya vieron al asesino tendido en el suelo.

—Es cuestión de marcharnos inmediatamente de aquí. ¿Tienen dispuestos los caballos?

—Sí.

—Pues en marcha.

En «Cuando el amor muere» se seguían con interés, por parte de Radilla y Juanucho, las aventuras de Salvador y sus compañeros, cuidando de tenerle bien informado por medio de cartas. Radilla no estaba muy bien de la vista y Juanucho era su secretario encargado de leerle en voz alta las cartas que a veces eran de Salvador y otras de Chaflán.

En la pared opuesta adonde Radilla tenía el retrato de la novia infiel había un gran retrato de Salvador con sombrero de charro. Al pie de la fotografía, un estante en el que se veían varias copitas rotas. Mientras Juanucho leía la carta, Radilla se servía algo de licor y esperaba algún párrafo que le entusiasmara para brindar a la salud de Chava, romper la copita y colocarla ante el retrato.

ey estuvimos en la feria de San Pedro y allí encontré a otro de los asesinos. Quise darle una oportunidad de salvarse, pero fué tan traidor que no tuve más remedio que dejarle en el sitio...»

Brindó Radilla y al suelo fué la copa. La recogió y fué a colocarla ante la fotografía de su ahijado.

—¿Por qué rompe las copas?—preguntó Juanucho, que no entendía muy bien aquel original homenaje.

—Cada traidor que cae es una copita que bebo a la salud de Chava, y así cuando él regrese verá cómo lo he celebrado.

—Yo tengo que ir a entregar esta carta a la señorita Carmela.

—Muy bien, chamaco, puedes ir.

En la comisaría de policía se había colocado un cartelito ofreciendo mil pesos de recompensa a quien entregara al «Ametralladora». Estos cartelitos se colocaron en todos los sitios frecuentados del pueblo y en «Cuando el amor muere» también se puso uno.

—¿Conocen al «Ametralladora»?—alguien preguntó a Radilla.

—Yo sí—dijo el tabernero para sus adentros.

Felipe Carbajal entró en el establecimiento de Radilla y se dirigió a él.

—¡Hola, Radilla!

—Buenas, don Felipe, ¿qué le trae por aquí?

—Vengo a hacerte un pedido de vinos españoles. Me caso, y quiero lo mejor de lo mejor.

—¡Oh!

—Ya sabes que los Carbajal saben pagar.

—No pase apuro, que en mi bodega hay de todo y puede contar desde ya con buenos vinos... y a propósito, don Felipe, tengo entendido que corre usted un caballo.

—Sí, el mejor que hay en el pueblo.

—Pues yo le tengo un contrincante, y con mis ahorrillos, que suben cinco mil pesos...

Felipe se echó a reír como si se burlara de Radilla.

—No tiene usted para nada. A lo menos hay que hacer un premio de veinticinco mil pesos.

—No me imaginaba que fuese tanto.

—Si el premio no es grande no vale la pena de correr, amigo Radilla.

—Bueno, pues ya veremos cómo se arregla esto.

Salvador se encontraba en el restaurante de San Pedro comiendo con sus compañeros. Un chiquillo se acercó a ellos y entregó una carta a Salvador. La abrió en seguida y se puso a leerla.

—¿Me puedo marchar?—preguntó al mensajero, extendiendo la mano en demanda de propina.

Como no le hicieran caso, volvió a preguntar:

—¿Me puedo marchar?

Cayó Salvador en la cuenta y le dió una buena propina, que dejó al muchacho anonadado. Cerró la mano que contenía la moneda y echando a correr dijo:

—¡Ahora sí que me puedo marchar!

Salvador leía en silencio la carta que acababan de entregarle y que sus compañeros creían sería de Carmela, por lo que se hacían el desentendido y se entretenían piropeando a las bellas muchachas que andaban por el local.

—Oigan ustedes lo que me dice Radilla

—¡Ah, es del compadre!—exclamó Chaflán—. ¿A ver qué nos dice?

«Querido ahijado:

»Las cartas que me traen tus interesantes noticias, como puedes bien suponer, me llenan de satisfacción, pues veo que te vas saliendo con la tuya y que gozas de salud siendo la mía y la de Juanucho buena a Dios gracias. Pues sabrás que a fines de este mes se corre una carrera, siendo tu contrincante Felipito Carbajal. Tu caballo está en muy buena forma y creo que puedes ganar la carrera; el obstáculo está en que Carbajal fija el premio en veinticinco mil pesos, y, ¿de dónde voy a sacarlos yo? Tengo cinco mil ahorrados, pero el resto corre de tu cuenta traerlo si es que quieres correr la carrera; cosa que por mi parte me daría una gran satisfacción.

»Darás mis recuerdos a Chaflán y a Mala Suerte, y ya sabes que te aprecia tu padrino,

Radilla

»P. D. — Por ahí han plantado unos cartelitos ofreciendo un premio a quien entregue al «Ametralladora».»

—Bueno, amigos, esto quiere decir que de momento hay que regresar a casa, ya que a mí también me gustará correr y ganar la carrera.

—¿Y de dónde vas a sacar la plata, Chave?—preguntó Chaflán.

—Voy a jugar a los albures. Corre mucho dinero por aquí.

—Y hay que hacerlo venir a nuestro bolsillo—observó Mala Suerte.

—Por poco que pueda, así lo haré—respondió Salvador.

—Me voy a la cantina a jugar y no se les olvide que han

de ir a recogerme allí. Según sea mi suerte, regresaríamos mañana mismo, o esta noche.

—Salvador, ¿deja lo de... para más adelante?

—Sí; emprenderemos de nuevo la busca en cuanto haya corrido la carrera. Bueno, no cometan ninguna barbaridad por aquí.

Se levantó Salvador y abandonó la sala, dejando sentados ante la mesa a Chaflán y a Mala Suerte, que ellos iban a probar fortuna para ver si conquistaban a la chinita que les estaba sirviendo.

Poco caso les hacía ella yendo y viniendo con la bandeja.

—¡Olé!—decía Mala Suerte.

—¡Olé!—repetía a su vez Chaflán.

Tanto llegaron a importunarla, que la joven se colocó en jarras, en el sitio vacante que había dejado Salvador, retándoles con la mirada.

—¿Qué?—preguntó.

—¡Olé... das tú!—dijo Mala Suerte.

—¡Olé... doy yo!—repitió Chaflán.

—¡Olé... doy yo a los dos por zánganos y pesados!—y sin reflexionar mucho dió un bofetón a cada uno de ellos, marchando pausadamente, satisfecha de la faena que acababa de realizar.

Los hermanos del Gallego andaban por el pueblo en busca del «Ametralladora» y no había nadie que supiera darles razón. En sus andanzas pararon ante la funeraria, cuyo encargado estaba a la puerta con semblante aburrido.

—¿Cómo va el negocio por aquí?—preguntó uno de los gallegos.

—Muy mal. Nadie muere en cama como ha de morir, todos se dejan matar por el «Ametralladora».

—¿Le conoces?—preguntó, interesado, uno de los hermanos.

—A él no, porque no llegué a verle la cara; pero sí reconocería a uno de los que iban con él.

—Pues ven con nosotros y a ver si logramos colgarle la soga al cuello.

Ya era uno más en persecución de Salvador, mientras él estaba tranquilamente jugando a cartas y ganando a sus contrincantes.

Temerosos Chaflán y Mala Suerte de llegar tarde, abandonaron el comedor para reunirse con Salvador en la cantina.

—No te olvides de que has de contratar un mariachi para darle una serenata a Carmela—recordó Mala Suerte a su compañero.

—Ya no me acordaba, compadre, ahora mismo vamos a buscarles.

Se acercaron adonde estaban los guitarristas y les hicieron su proposición en nombre de Salvador. Se convino el precio y puestos de acuerdo Chaflán les dió un anticipo.

—Ustedes vendrán con nosotros. Ya les avisaremos cuando hay que marchar.

Uno de los guitarristas se había quedado con el dinero en la mano.

—¿Quieren ustedes que yo se lo administre?—preguntó Mala Suerte.

—Como usted quiera. Si lo ha de administrar bien.

—Pues venga y no más. —Mala Suerte cogió los billetes, se los puso en el bolsillo y dijo—: Yo se lo administro, ustedes no lo administran y a mí nadie me administra. ¿Vamos a beber algo?

—No, compandre, tú no bebes más que la cucharada.

—¡Olé!—dijo Mala Suerte a una muchacha que pasaba.

Paró ella en seco ante el extorero.

—¡Olé! ¿Qué?—preguntó, altiva.

—¡Olegario Morales García, para servir a Dios y a usted!

UNA PARTIDA ACCIDENTADA

La animación en la cantina era extraordinaria y se jugaba en todas las mesas. En el mostrador no cabía uno más. Salvador había encontrado dos hombres, desconocidos, con quien jugar, y parecía que la suerte no le era adversa. Tenía ante sí un montón de billetes y por su aspecto disponía de buenas cartas.

—¡Gano!—exclamó.

Uno de los contrincantes abandonó la mesa.

—¿Sigue usted?—preguntó Salvador al otro.

—Sigo.

Era éste un hombre joven todavía, enjuto de carnes y de aspecto desagradable.

—Por lo que a mí se refiere, encantado—dijo Salvador, barajando las cartas con la destreza aprendida al lado de Radilla.

Chaflán y Mala Suerte habían llegado a la cantina. El primero consideró necesario hacer una paradita ante el mostrador antes de reunirse con Salvador y aquél le suplicó que también le dejara beber algo.

—De ninguna manera, compadre. Ya sabes que no puedes beber. Podrías enfermar y tu misión no ha terminado todavía. Si quieres te doy ahora mismo una cucharada de medicina.

Quedó malhumorado el extorero, pero no convencido, y mientras Chaflán disfrutaba bebiendo su tequila, Mala Suerte le quitó la botella de medicina del bolsillo y se alejó con ella hacia una mesa donde había un hombre que ya llevaba bebido demasiado. La botella del remedio había contenido licor en sus primeros tiempos, por lo que se prestó muy bien al cambiazo, y mientras el borracho levantaba de nuevo la copa a sus labios y cerraba los ojos para saborear la bebida, Mala Suerte con pasmosa agilidad realizó el cambio.

—Ahora a depositarla de nuevo al bolsillo de Chaflán.

Esta ceremonia no fué difícil porque el otro estaba distraído hablando con los que bebían.

—¡Oye, compadre! Ya que no puedo beber nada, ¿podrías darme a lo menos una cucharada del remedio?

—Sí, amigo, aunque no hace mucho te he dado; pero no importa, así curarás antes. ¡Toma!

Chaflán sacó del bolsillo la botella y la cucharada para administrar la pócima.

—¿No podría coger un trozo de limoncito?—suplicó Mala Suerte.

—¡Bueno!

Con qué gusto bebió Mala Suerte aquella medicina, incluso rechazó la cucharada y la cató directamente de la botella.

—¡Basta! ¡Basta!—exclamó Chaflán, aun cuando no sospechaba el cambio.

Los hermanos del Gallego habían penetrado también en la cantina y observaban minuciosamente a todos los concurrentes.

—¡Ahí está uno de los que iban con el «Ametralladora»! —dijo el que les guiaba—. Pero no conviene llamar la atención. Vamos a vigilarle y ver adónde se dirige.

Continuaban los compañeros de Salvador en el bar hasta que creyeron conveniente ir a reunirse con él.

Se pusieron en marcha y a poca distancia les seguían los gallegos.

—¿Te sientes bien?—preguntó Chaflán a su amigo.

—Me siento como nunca, compadre.

Llegaron a la cantina y no les fué difícil divisar a Salvador y a su compañero de juego. Mala Suerte no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¡Compadre! ¡Poco sabe Salvador con quién está jugando!

—¿Quién es?—preguntó Chaflán.

—Calla, ya lo verás.

Se acercó Mala Suerte a la mesa, sin hablar palabra.

—¡Hola, Mala Suerte!—dijo Salvador.

El otro jugador levantó la vista al oír aquel nombre y cambió una mirada con el extorero.

—¿Ustedes dos no se conocen?—preguntó Mala Suerte.

—No—respondió Salvador, indiferente.

—Pues les voy a presentar. El Zorro, Salvador Pérez Gómez.

Los dos hombres se miraron cara a cara y reinó un instante de silencio mortal.

—¿Sigue?—preguntó Salvador.

—¡Como quiera!—contestó el Zorro.

La situación no podía ser más violenta, y el Zorro, disimuladamente, buscaba el medio de hacerse con la pistola que llevaba al cinto.

—¡Siete de oros!—exclamó el Zorro.

—¡As de espadas! ¡Es mía la partida!—gritó Salvador.

Los contrincantes se miraban fijamente.

—¡Siga jugando!—ordenó Salvador.

El Zorro había logrado coger la pistola; pero tampoco había perdido el tiempo Chava, que también tenía la suya en la diestra.

—¡Apunte! ¡Al corazón!—exclamó Salvador al mismo tiempo

que volcaba la mesilla contra su adversario y le disparaba un tiro en la frente antes de que el otro pudiera hacer nada.

Dinero y cartas rodaron por el suelo juntamente con el Zorro, mortalmente herido.

Una vez más Salvador tenía que seguir apuntando y disparando para poder huir. Chaflán, que recordaba el motivo por el cual Salvador había ido a jugar a las cartas, sin sospechar que allí iba a encontrar al cuarto asesino de sus padres, retrocedió para recoger el dinero, pues no era cosa de dejar abandonadas en el suelo las ganancias de su amo. Tanta era la confusión en la cantina que Chaflán no encontró a nadie que le disputara el derecho a recoger lo que había quedado abandonado en la refriega.

En la trastienda de Radilla, éste seguía brindando y rompiendo copitas para celebrar los triunfos de su ahijado. Juanucho, al corriente ya de esas expansiones, disfrutaba también con el entusiasmo del viejo tabernero.

Una tarde en que «Cuando el amor muere» estaba rebosante de concurrencia, se abrieron las medias puertas de abanico y entró Salvador seguido de sus escuderos. Radilla se puso en pie al verle y corrió a abrazarle verdaderamente emocionado.

—¡Ya sabía que volverías!

—¡Padrino, yo nunca fallo!

—Ya lo sé, hijo, y por esto estoy tan orgulloso de ti. Ahora tendrás que ir a mirar el caballo, a ver si lo encuentras bien. Creo que sí, porque se le ha cuidado como a una flor. ¡Vaya con Chava! ¡No sabes la alegría que me da el tenerte de nuevo aquí!

—Yo también. Estaba deseando volver.

Sonrió Salvador maliciosamente.

—¡Ah, pillastre! No es sólo por mí y por el caballo que estabas deseando volver.

—Usted se hace cargo, ¿no, padrino?...

—¡Claro que sí, hombre!

Entró Chaflán para hablar con su amo.

—Salvador, ¿recuerda que el mariachi está aquí?

—Sí, horita iremos a cantarle a Carmela.

—¡Esto es lo que te ha traído aquí!—dijo Radilla.

—Y usted también, padrino...

RIVALIDAD

Cuando llegó la noche Salvador, acompañado de los guitarristas y sus dos compañeros de aventuras, fueron a aposentarse ante una de las ventanas de la habitación de Carmela y él le cantó así:

«Traigo un amor»

Traigo un amor
y lo traigo tan adentro
que al momento ya no siento
donde tengo el corazón.

El rasgueo de las guitarras y la voz de Salvador, bien conocida, hizo poner en guardia a Carmela, que ya se hallaba en cama.

Traigo un querer
tan adentro de mi alma
que he perdido hasta la calma
por querer a una mujer;
yo la quiero como quieren
esos hombres que son puro corazón.
A esa mujer yo la quiero
hasta la muerte...
y para mi buena suerte
soy el dueño de su amor.

La pasión de aquellas palabras y la armonía de aquella voz transportaron a Carmela hasta el séptimo cielo y por un delicioso instante olvidó todo lo que la hacía padecer.

Traigo un amor
y lo traigo tan adentro
que al momento ya no siento
donde tengo el corazón.

Cesó la música y el canto. Carmela iba a saltar de la cama para agradecer la serenata, cuando la realidad la hizo detener. ¿No era ella la prometida oficial de Felipe Carbajal? ¡Sí! Pues no debía asomarse para nada a la ventana.

Mientras luchaba consigo misma y Salvador aguardaba inquieto una señal de su amada, por el otro extremo de la calle apareció un grupito de hombres capitaneado por Felipe Carbajal, que hizo alto ante la otra reja de Carmela.

Salvador se dió cuenta al instante de que se trataba de una serenata, y Chatlán y Mala Suerte se ofrecieron para ir a disolver a los rivales.

—No, señores, ustedes no se muevan. Vamos a ver qué ocurre.

Los que acompañaban a Felipe eran músicos de violín y un vocalista, puesto que el galán no sabía cantar.

Sonaron los violines con una música lenta y el vocalista empezó a cantar:

«Fué casualidad»

Fué casualidad
que nos encontráramos tú y yo
y que en el fulgor de tu mirar
dejara preso mi amor.
Fué casualidad
que mi vida fuera para ti
que se terminara mi ansiedad
y fueras tú para mí.

Al oír esta canción, Carmela saltó de la cama, vistió una vaporosa bata y con todo disimulo, para que los de fuera no se dieran cuenta, levantó el visillo y vió el grupo formado por Felipe. Corrió a la otra ventana y divisó el que capitaneaba Salvador.

El vocalista a la americana seguía cantando:

El cielo azul
mis promesas de amor escuchó
y al verme tú te entregué el corazón.

Fué casualidad
que nos encontráramos tú y yo
y nada ni nadie ha de poder
acabar con nuestro querer...

Los dos grupos se miraban airados. El vocalista dijo a Felipe si quería que echaran a palos a los guitarristas.

—No, nada de eso. Ya veremos cómo termina esto. Carmela saldrá y me saludará a mí.

Chaflán tuvo una idea luminosa.

—Oye, Salvador, ese cantar es una ridiculez. Estoy seguro de que ninguno de esos señoritingos, Felipe el primero, sabe tañer la guitarra. ¿por qué no le desafías a cantar?

—Tienes razón, Chaflán. ¡A ellos!

Antes de que el vocalista de Felipe tuviera tiempo de iniciar otra canción, el mariachi y Salvador empezaron a rasgar sus guitarras y este último, con voz decidida, cantó:

«Desafío»

Ayer me bajé del risco
y vengo de la montaña
y como soy de Jalisco
no quiero música extraña
Me gusta oír los mariachis
con sus canciones de amor
y no cantos de raspachis
traídos del exterior.

Apenas había cantado la última nota, Salvador lanzó su guitarra al rival, para que le contestara.

La cogió Felipe al aire y con ella en las manos iba a entregarla al vocalista para que contestara.

—No sé tocar la guitarra—dijo el engomado cantor.

—¿No hay nadie que pueda contestarle?—preguntó Felipe a los demás músicos.

—Yo puedo—dijo uno de ellos.

Efectivamente. Cogió el violinista el instrumento, lo rasgó con gracia y dió su contestación.

Yo siempre tengo en la boca
lista mi contestación
y como a mí me toca
aprovecho la ocasión.
Hacer alarde de macho
prueba no tener valor
y a palabras de borracho
oídos de mostrador...

Carmela iba de una ventana a otra, tapándose los oídos, al mismo tiempo que deseaba enterarse de aquel curioso desafío.

El violinista tiró la guitarra a Salvador y éste no hizo aguardar la respuesta:

Echar por echar habladas
cualquiera las puede echar,
a mí me vienen holgadas
anda y vete a romaniar
y dile al caballero
que si es hombre de verdad
en las carreras le espero
no se vaya a rajar...

No podía dejar pasar Felipe en silencio la baladronada de Salvador y suplicó al violinista que cogiera de nuevo la guitarra y le diera su merecido. Mientras tanto Chatlán y Mala Suerte estaban encantados con aquella juerga.

Don Felipe es caballero
que todo sabe cumplir
y pa' la mujer que quiere
también él sabe morir;
y dejad el campo libre
o marchar a otro lugar
porque en esta casa vive
la que con él se ha de casar.

Le sorprendió la noticia a Salvador porque no la esperaba; pero le animó para contestar con brío en cuanto tuvo la guitarra en las manos:

Esta mujer es mi vida
y la adoro con pasión,
es mi novia consentida,
dueña de mi corazón;
quiere un hombre pa quererlo
y no niños con papás,
y a usted mismo se lo digo
y arránqueseme «pa'cás».

Ya se habían dicho todo lo que era posible decirse y no cabía otra solución que los puños, por lo que los dos galanes decidieron luchar para decidir su suerte. Los compañeros de Salvador, como era natural, se pusieron a su lado, y lo mismo hicieron los de Felipe. Los contendientes se quitaron las chaquetas y empezaron a solucionar el conflicto a golpes.

El barullo de la lucha llegó hasta la habitación del señor Salas, quien pronto se dió cuenta de lo que se trataba, y se dirigió al aposento de su hija, para encontrarla levantada observando la pelea desde la ventana.

—¡Hija mía! Nunca hubiese podido creer que tú fueras causa de riñas callejeras.

—Papá, te aseguro que yo no sabía nada.

Mientras hablaban padre e hija llegaba hasta ellos el murmullo de la pelea y se notaba la presencia de la policía.

—¿Qué ha ocurrido aquí?—preguntó el comisario.

—Oiga usted, don Pancho—dijo Salvador—. Nosotros estábamos cantando tranquilamente con los mariachi cuando ha llegado Felipe a provocarnos con sus gentes.

—Vamos, Felipe, ¿con qué has sido tú quien ha promovido el escándalo?

—Yo no...

El griterío de los músicos de ambos lados hacía imposible entenderse, y el comisario, que sentía poca simpatía por Felipe,

mandó detenerle y se lo llevó de allí. Salvador quedó de nuevo amo de la calle.

—Llévense a los mariachi, que yo tengo algo que hacer aquí —ordenó Salvador.

Desaparecieron los músicos, Chaflán y Mala Suerte. La calle quedó desierta y en absoluto silencio.

En la habitación de Carmela todavía se hallaba su padre sermoneándola.

—No me gustan estas escenas. Eres la novia de Felipe y te vas a casar con él. Yo ya me cuidaré de decir al otro mozo que no te moleste más. Ahora todo el mundo a dormir.

Quedó Carmela sola en su habitación y oyó que alguien pegaba ligeramente a la ventana. Se acercó y la abrió.

—¡Carmela! ¿Te acuerdas de mí? ¡Ya estoy aquí!

La joven bajaba los ojos y no se atrevía a hablar.

—¿No tienes nada que decirme?

—Es que no sé cómo decírtelo... Tú andabas de un pueblo a otro...

—Y siempre te escribí, tal como te había prometido.

—Salvador... voy a casarme con Felipe.

Un trallazo en la cara no hubiese sido más doloroso para el enamorado galán.

El silencio se hacía penoso. El se decidió a hablar.

—¿Le quieres, Carmela?

Ella no contestó.

—¿Por qué he vuelto? ¿Para que me dijeras que te ibas a casar con otro?

—No puedo explicártelo, Salvador.

—Bueno, no creas que me enoje. Sólo quiero pedirte que me dejes conservar esta medalla. La he llevado siempre conmigo y no quiero separarme de ella. ¡Carmela!

Las lágrimas asomaban a sus ojos y no podía hablar. Seguro Salvador de que aquel silencio obedecía a algún sacrificio impuesto por su padre, no quiso violentarla más con su presencia.

—¡Adiós, Carmela!

La música y los gritos habían despertado a Chachita, y ésta había corrido a la habitación de su tía.

—¡Tía, tía, ¿por qué no me avisaste que había regresado Chava?

Carmela seguía llorando en silencio.

—¿Por qué lloras, tía? ¿Acaso te ha dicho que no te quiere? —preguntaba la chiquilla, queriendo leer la verdad en los ojos de su tía.

—No llores, tía.

—Si no lloro.

—¿Es que no le quieres?

—¡Le quiero con toda mi alma!

—¡Ah!—suspiró la pequeña—. ¡No llores!

—Lloro por nada.

—Pues yo nunca lloro por nada. ¿Te regañó, tal vez? ¡No comprendo! Ven, sécate los ojos —y Chachita cogió un pañuelo con el que secó los ojos de su tía, y luego intentó sonarla—. ¿Estás mejor así?

—Sí, Chachita, gracias por tu consuelo.

En «Cuando el amor muere» la escena era muy distinta de la que se había desarrollado en la habitación de Carmela.

Salvador, Chaflán y Mala Suerte estaban sentados ante un velador en el café de Radilla, donde ya no había ningún cliente, y en la mesa se veían varias botellas y copas. Salvador había bebido demasiado.

—Vamos a dormir—dijo Chaflán, temiendo por su amo.

—No quiero, no tengo sueño, esperaré a que llegue mi padrino.

—Si llega Radilla y te encuentra así, te va a dar una de tortazos...

—No me importa.

—Chava, estás borracho.

—Pues a pesar de tus palabras, te aseguro que estás borracho.

—¿Yo borracho? ¡Ni pensarlo!

—No lo creas, mientras haga blanco con la pistola, es que estoy sereno del todo. Miren...

Disparó Salvador y dió en una botella.

—¿Ven ustedes?

—Salvador, vamos a dormir?

Quedó silencioso el joven con un limón en la mano, al que atravesó un palillo.

—Ahora voy a demostrarles lo sereno que estoy. Vayan allí junto a la pared. A ver, aprisa o les abrocho los pantalones a balazos.

Ante tal amenaza, Chaflán y Mala Suerte se levantaron para hacer lo que les ordenaba su amo.

Colocó el limón entre los dos, sujetándolo con los palillos, y él se puso a buena distancia.

—¡Quietecitos!

—¡María Santísima! — exclamó Chaflán, que temió por su cabeza, visto el estado de embriaguez de Salvador.

Apuntó una vez otra y otra. Los dos hombres temblaban de miedo con el limón entre ellos. Cuando menos lo esperaban, disparó y el limón cayó al suelo sin que nada les ocurriera a ellos.

—¡Ahora, vayan y digan que estoy borracho!

Pero esto no privó de que los dos cayeran al suelo de puro susto.

LA CARRERA

Todo el camino por donde había de transcurrir la carrera estaba animadísimo y especialmente allí donde se había emplazado la tribuna, ocupada por la gente más importante, entre la que destacaba Carmela con su padre y Chachita, acompañados del general Carbajal, quien, por correr su hijo, se consideraba superior a cuantos le rodeaban.

Carmela vestía un elegante traje de mejicana y sombrero de charro, lo que hacía resaltar su belleza. No obstante, en sus ojos se notaba que no era feliz y miraba todos los preparativos de la carrera con tristeza. Sentada a su lado y vestida también de mejicana estaba Chachita, curioseando todo cuanto veía.

Los dos jinetes que iban a correr la carrera se estaban preparando. Salvador había ofrecido la mano a Felipe, puesto que

eran ellos dos los contendientes, pero su rival se la había rechazado. Se encogió Salvador de hombros y continuó examinando su caballo.

Chachita se dió cuenta de la presencia de Chava, y abandonando la tribuna, saltó al camino para saludar a su viejo amigo. Este también la vió llegar hacia él y saltó del caballo, cogiéndola en brazos.

—Chava, digo, don Salvador, usted y yo hemos de hablar muy seriamente.

—¿Sí, Chachita?

—Sí, usted hace llorar a Carmela...

—¿Yo?

—Sí. La otra noche, luego que hubo terminado la serenata, yo corrí a su cuarto y la encontré llorando.

—Entonces, Chachita, esto será porque Carmela ya no me quiere.

Carmela se había dado cuenta de la ausencia de la pequeña y al ver con quien estaba corrió a buscarla.

—No lo crea. Carmela le quiere... Me lo dijo a mí.

—¿De veras?

—Vaya si me lo dijo. Le quiero con toda mi alma, éstas fueron sus palabras.

Carmela llegó al tiempo que la pequeña refería sus palabras y fácilmente pudo adivinar lo que había hecho la pequeña.

—¡Chachita! ¿Por qué te has marchado de mi lado? Te voy a rajar las orejas. ¡Hola, Salvador!

—¿Qué tal, Carmela?

—Muy bien, Salvador.

—Oye, ¿es verdad lo que me ha dicho Chachita?

—¿Qué ha dicho?—preguntó Carmela, fingiendo indignación.

—Me ha dicho que me quieres...

—¡Chachita! ¿Cómo te atreviste?

—Deja la pequeña y dime la verdad. ¿Me quieres?

No fué necesario pronunciar una sola palabra. Con la mirada le dijo que le quería como le había querido desde el día en que le conoció.

—Vamos, Chachita, que Chava ha de correr la carrera.

—Y con qué ánimos la voy a correr ahora. Carmela, tú te

casarás conmigo. Tenlo todo preparado y en cuanto haya ganado la carrera, que la ganaré, nos iremos a casar a Guadalajara.

—¿Y yo también iré?—prguntó la pequeña.

Ya se alejaban de donde estaba Salvador, y su tía la llevaba de la mano para regresar a la tribuna.

—No, Chachita, no se irá a Guadalajara. Ni tú ni yo.

—¡Has echado a perder todo mi trabajo!

Los dos jinetes aguraban la señal para la salida y todavía Salvador intentó dar la mano a Felipe, pero éste se la rechazó nuevamente.

Montaron ambos a caballo y Mala Suerte apareció por allí.

—Salvador, voy a decirle algo que le va a animar a ganar la carrera.

—No me hace falta, Mala Suerte, estoy muy animado.

—Pues se lo voy a decir. Oiga.

Salvador bajó la cabeza y Mala Suerte le dijo en voz muy queda:

—Está aquí el quinto asesino de sus padres. Es aquél—y señaló a la tribuna.

Miró Salvador hacia la dirección que le señalaba y vió al general Carbajal.

—¡Imposible, Mala Suerte! ¿No sabes quién es?

—No; sólo sé que todos trabajamos por su cuenta.

Dieron la señal de salida y los dos caballos partieron al galope guardando muy poca distancia uno de otro. El público aplaudía entusiasmado a cada vuelta y pronto se vió que Salvador llevaba las de ganar. Carmela y Chachita seguían la carrera con enorme interés.

Situado en otro lugar se hallaba Chaflán, a quien le pareció que entre los hombres que presenciaban la carrera había uno de los asesinos de los padres de Salvador y se puso a vigilarle disimuladamente. Pero la debilidad de Chaflán eran las chicas y no podía ver pasar una sin decirle alguna flor. Esto hizo que perdiera de vista a su vigilado y que al darle el alto se hubiese equivocado de hombre.

—Perdone, compadre, no es usted al que busco—le dijo, compungido.

Por fin halló al otro sospechoso y disparando un tiro al aire, asustó tanto al hombre que cayó de bruces.

—¿Qué hace éste aquí?—preguntó uno al verle en el suelo.

—¡Está haciendo oración!—replicó Chaflán.

Los aplausos y el entusiasmo del público dió a entender que la carrera había llegado a su fin y que el vencedor era Salvador Pérez Gómez.

Carmela, sin preocuparse de lo que pensarían de ella y llevada de su entusiasmo, se lanzó a la pista para abrazar a Salvador.

De pie y a poca distancia de donde estaban Salvador y Carmela se hallaba Felipe, derrotado en todos aspectos: como jinete y como novio de Carmela. La ira contraía su semblante y doblando la fusta entre sus manos la hizo en dos pedazos.

Los amigos de Salvador y público en masa se agrupó en torno al vencedor para felicitarle. El señor Salas le dió un afectuoso abrazo. Al poco rato llegó el general Carbajal.

—Aunque usted ha derrotado a mi hijo, no por eso he de dejar de felicitarle, Salvador—dijo Carbajal con mal disimulada violencia.

—No necesito su felicitación. Con usted tengo otra cuenta que arreglar.

—¿Conmigo, Salvador? ¡No le comprendo!

El semblante del joven reflejaba la ira que sentía. Sus palabras fueron breves y claras. Carbajal las presentía y palideció.

—Usted fué el asesino de mis padres.

Cayeron sobre él como pedrada y quiso intentar una coartada.

—¡Miente quien dijo esto!—exclamó completamente descompuesto.

—Mala Suerte—gritó Salvador, buscando a su escudero con la mirada.

El extorero apareció en seguida.

—Repite lo que me has dicho hace poco, ante el general.

—¡General! No me haga reír... Sí, Salvador, fué este hombre quien dió dinero al Zorro, a los dos gallegos y a mí para que matáramos a sus padres de usted, porque no quisieron venderle unos terrenos.

—¡Mientes como un bellaco, Mala Suerte!

—Ya sabe usted que no miento, Carbajal; usted fué quien lo

ordenó todo. Yo también soy culpable, pero quien lo organizó todo fué usted, porque el rencor hacia ellos era usted quien lo sentía...

Carbajal se sintió acorralado. La denuncia de Mala Suerte era clara y terminante. No había forma de desmentirla más que a tiros, y como que nadie lo esperaba, el falso general sacó su revolver y disparó a quemarropa contra Mala Suerte, hiriéndole mortalmente.

Chaflán y Salvador corrieron a auxiliar al pobre extorero.

—No, hombre, no, ánimo, no es más que una herida.

—Me siento morir, Salvador; me ha dado en el corazón.

—No te mueras, hermano—decía Chaflán, sujetando al pobre Mala Suerte entre sus brazos—. No me dejes solo, no te mueras.

—Salvador, los cinco mil pesos que me corresponden por haberle entregado a Carbajal, ¿los mandará a mi familia?

—No has de sufrir por esto, Mala Suerte; mientras yo viva, a tu familia no le ha de faltar nada, te lo prometo.

—Gracias, Salvador...

Mala Suerte se expresaba con mucha dificultad. Cada palabra le era un gran esfuerzo, porque la vida se escapaba rápidamente de su cuerpo. Chaflán lloraba a lágrima viva.

—¡Mala Suerte! ¿Qué voy a hacer sin ti?—dijo Salvador.

—No se preocupe, para el caso es igual... me había de matar usted y me ha matado Carbajal.

—No es igual, Mala Suerte, porque yo ya te había perdonado.

Estas palabras de Chava hicieron asomar una sonrisa en la cara ya lívida del desgraciado, que en los últimos días de su vida había intentado reparar el mal que había hecho.

—¡Qué mala suerte—sollozaba Chaflán—. ¡Mala Suerte, no me dejes!

Ya no fueron oídos los lamentos de Chaflán, porque su amigo ya no pertenecía a este mundo, había dejado de existir en brazos de Salvador.

El comisario de policía se acercó a ellos.

—Salvador, dejen al pobre Mala Suerte para mí y yo haré todo lo que se deba hacer. Carbajal ha quedado detenido y yo le aseguro que sabré hacer justicia. Han transcurrido doce años desde que sus buenos padres cayeron acribillados a balazos por

manos criminales. Dios le ha guiado a usted, Salvador, y ha elegido a este infeliz para ayudarle. ¡Qué Dios le perdone! El no era responsable.

—¡Pobre Mala Suerte! Yo sabré agradecer en su familia el enorme servicio que me ha prestedo y que al fin le ha costado la vida. Vamos, Chaflán, Radilla estará esperando que le contemos el resultado de la carrera. No quiso venir por no emocionarse. Hizo bien. La sorpresa última habría sido demasiado para él.

—¡Cómo encontraré a faltar a Mala Suerte! ¿A quién daré yo ahora la cucharada!

TU TIENES TU NOVIA...

Habían transcurrido algunos días después de la muerte de Mala Suerte, cuando amaneció una mañana en que los jilgueros cantaban con más alegría y el sol parecía brillar como nunca. El cielo mejicano era más azul que otras mañanas, y en casa de los Salas, Carmela y Chachita se ataviaban con sus mejores galas para ponerse camino de Guadalajara.

Poco rato después, montadas en su cochecito, iban carretera adelante alegres y satisfechas. Al llegar a la encrucijada, aparecieron dos jinetes. Uno era Salvador y el otro Chaflán.

—¿Adónde vamos?—preguntó Chachita.

—¡A Guadalajara!—contestó Salvador, y colocándose a la derecha de Carmela, empezó a cantar:

¡Ay! Jalisco, Jalisco, Jalisco,
tú tienes tu novia que es Guadalajara,
muchacha bonita, la perla más rara
de todo Jalisco... es mi Guadalajara.

FIN

Todas las grandes creaciones de JORGE NEGRETE en CANCIONERO de

Editorial Alas

JORGE NEGRETE 1'50 ptas.

El peñón de las ánimas - Cuando quiere un mejicano Así se quiere en Jalisco - El rebelde - ¡Ay, Jalisco, no te rajes! y los grandes éxitos Los tres caballeros y Los últimos de Filipinas, etc.

JORGE NEGRETE y AMANDA LEDESMA

Diego Banderas - México de mis amores - Así se quiere en Jalisco - La madrina del diablo y todos los éxitos del momento

JORGE NEGRETE y sus nuevos éxitos

Me he de comer esa tuna - Una carta de amor - Perjura, etc.

JORGE NEGRETE, IRMA VILA y TITO GUIZAR

Seda, sangre y sol - Hasta que perdió Jalisco - Qué lindo es Michoacán - Mexicana

JORGE NEGRETE

Canciones mexicanas Una peseta

JORGE NEGRETE Selecciones

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 5'50 ptas.

Cuando quiere un mejicano - Así se quiere en Jalisco Diego Banderas - Perjura - La madrina del diablo Seda, sangre y sol - Una carta de amor - ¡Ay, Jalisco, no te rajes! - Camino de Sacramento - La venganza de Lagardere - Genio y Figura (Biografía de JORGE NEGRETE

Pedidos a EDITORIAL ALAS -:- Apartado 707 -:- Barcelona

PRONTO...

El Ametralladora

Gran producción mexicana
distribuida en España por

CINEMATOGRÁFICA COMERCIAL, S. A.

JACOMETREZO, núm. 14 MADRID

para presentación del nuevo astro de la canción azteca

PEDRO INFANTE

1924 ? 1948

¡ACONTECIMIENTO!

Miguel de Cervantes Saavedra

Don Quijote de la Mancha

alarde artístico de la cinematografía nacional

Producción CIFESA

XXV aniversario en conmemoración literaria y aparición de **BIBLIOTECA FILMS**

la clásica novela cinematográfica con la mejor obra maestra del mundo entero

CANCIONERO

de Editorial ALAS

1'–peseta

PEPE BLANCO
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
JUANITO VALDERRAMA
LOS MEJORES CANTARES
BONET DE SAN PEDRO
NIÑA DE LA PUEBLA
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
RAQUEL RODRIGO
GLORIA ROMERO
PEPITA LLACER

IRMA VILA
NEGRETE
JUANITA REINA
NIÑO ALMADEN
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
PEPE MARCHENA
EL GRAN KI-KI
LOLA FLORES
JOSE MARIA

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

TOMAS RIOS
ANTONIO MACHIN
BONET DE SAN PEDRO
MARIA DEL VALLE
LOS CLIPPER'S

RAUL ABRIL
CANCIONERO ESTELAR
CINCO ESTRELLAS DEL HOY
TRIO CALAVERAS
PEPE DENIS

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

3'50 ptas.

Artes Gráficas Emilio - Valencia, 224